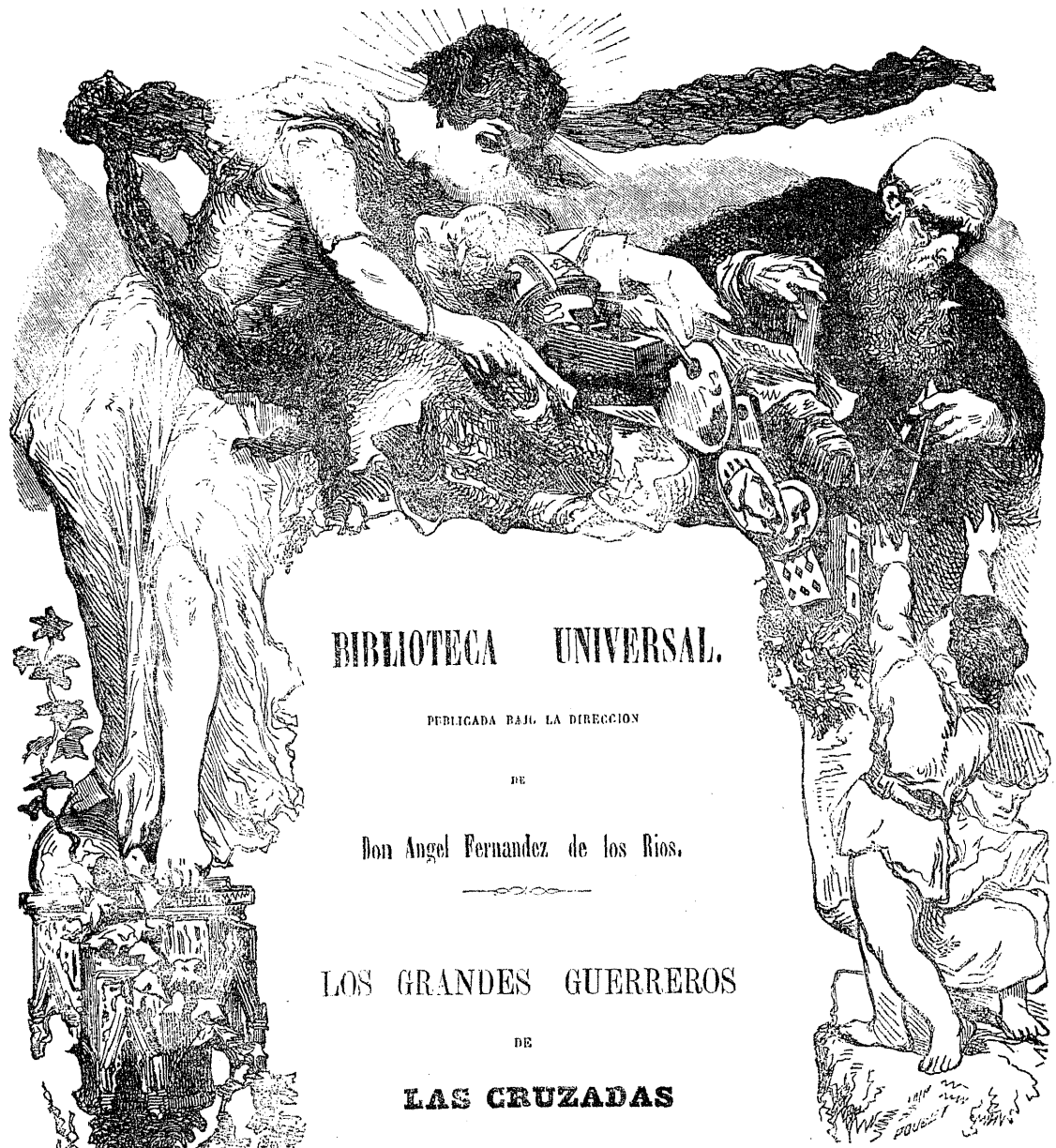


19.77542



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

DE

Don Angel Fernandez de los Rios.

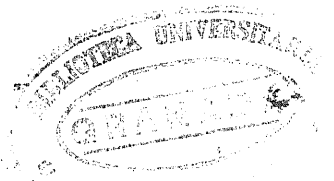
LOS GRANDES GUERREROS

DE

LAS CRUZADAS

1095.—1268.

SAN LUIS.—GODOFREDO DE BOUILLON.—
RICARDO CORAZON DE LEON.—MALEK—
ADEL.—SALADINO.—TANCREDO, ETC.



Historia.—Biografía.—Hazañas.—Vida íntima.—Anécdotas, etc., etc.

INTRODUCCION.

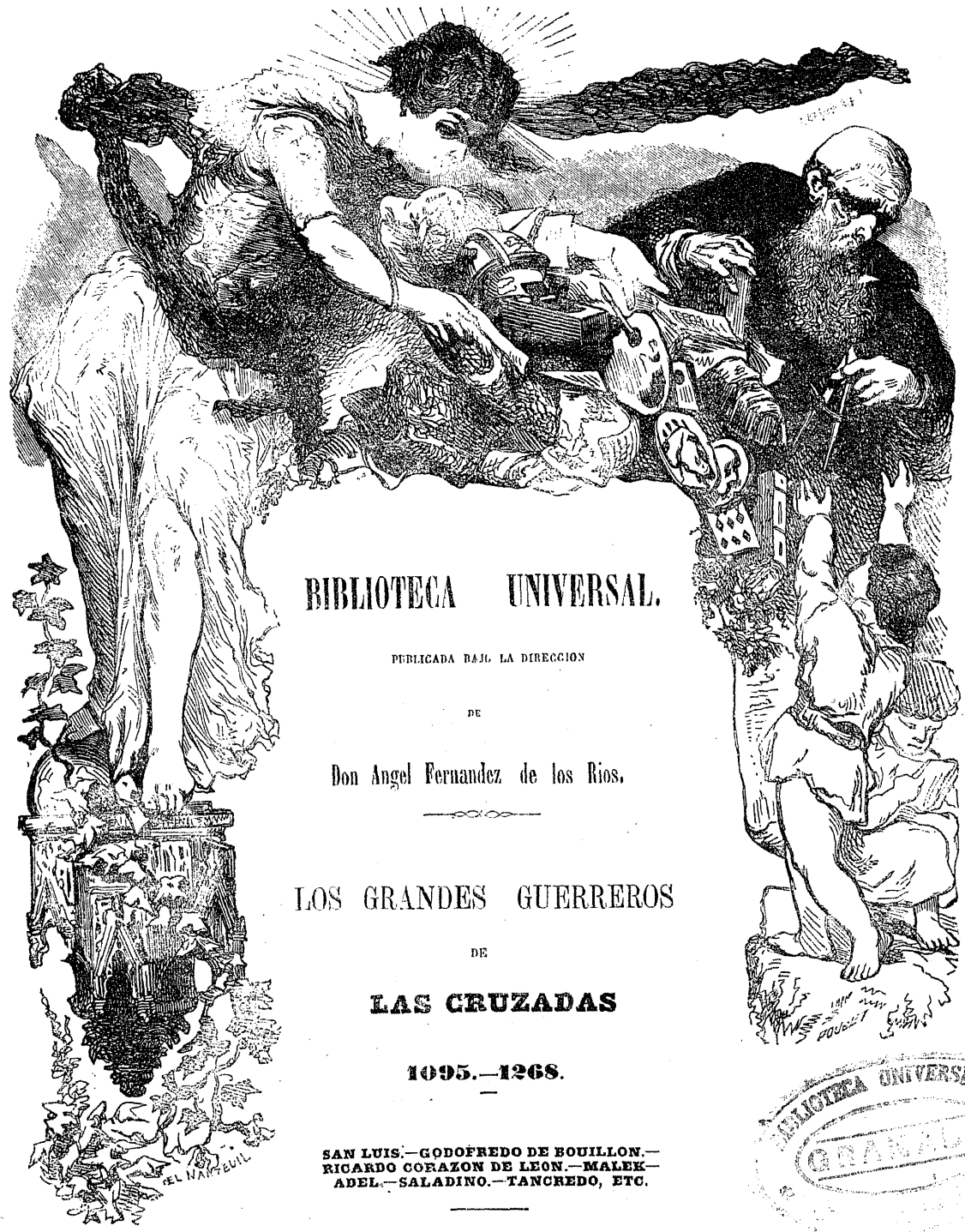
No hace aun mucho tiempo que todo historiador que tuviese algunas pretensiones filosóficas, se creia obligado á condenar las Cruzadas. Los escritores del último siglo, en sus apasionados ataques contra las expediciones de los cristianos en la Palestina, no han vacilado en poner en duda su legitimidad, y aun algunos han llevado la exageracion hasta el punto de preguntar que, con qué derecho iban los príncipes de Occidente á apoderarse de las provincias que los turcos habian arrancado á los emperadores de Constantinopla. Pero nadie se atreveria hoy á emplear semejante lenguaje. En nuestros dias, al menos todos los hombres instruidos y sensatos reconocen que las Cruzadas acabaron lo que Carlos Martel habia tan valientemente comen-

zado en las llanuras de Tours. Si á fines del siglo XI no hubiera llevado á Oriente la caballeria cristiana el terror del nombre franco, es incontestable que los turcos, que no se apoderaron de Constantinopla hasta el siglo XV, se hubieran enseñoreado de ella en el XII. ¿Y cuál habria sido la consecuencia de este importantísimo acontecimiento, llevado á cabo cuando la Europa, dividida en una infinidad de pequeños principados, era teatro de una encarnizada guerra? Segun todas las probabilidades, la media luna, contra la cual San Pio V se vió obligado á organizar una especie de cruzada, habria establecido su dominio en una parte del Occidente, cuatrocientos ó quinientos años antes de la batalla de Lepanto. Dejando aparte estas consideraciones, las Cruzadas, que no pudieron arrancar definitivamente la Palestina á los musulmanes, influyeron en gran manera sobre los progresos de

SESTA SERIE.—ENTREGA 21.

Q-CONN

R. 77542



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

DE

Don Angel Fernandez de los Rios.

LOS GRANDES GUERREROS

DE

LAS CRUZADAS

1095.—1268.

SAN LUIS.—GODOFREDO DE BOUILLON.—
RICARDO CORAZON DE LEON.—MALEK—
ADEL.—SALADINO.—TANCREDO, ETC.



Historia.—Biografía.—Hazañas.—Vida íntima.—Anécdotas, etc., etc.

INTRODUCCION.

No hace aun mucho tiempo que todo historiador que tuviese algunas pretensiones filosóficas, se creia obligado á condenar las Cruzadas. Los escritores del último siglo, en sus apasionados ataques contra las expediciones de los cristianos en la Palestina, no han vacilado en poner en duda su legitimidad, y aun algunos han llevado la exageracion hasta el punto de preguntar que, con qué derecho iban los príncipes de Occidente á apoderarse de las provincias que los turcos habian arrancado á los emperadores de Constantinopla. Pero nadie se atreveria hoy á emplear semejante lenguaje. En nuestros dias, al menos todos los hombres instruidos y sensatos reconocen que las Cru-

SESTA SERIE.—ENTREGA 21.

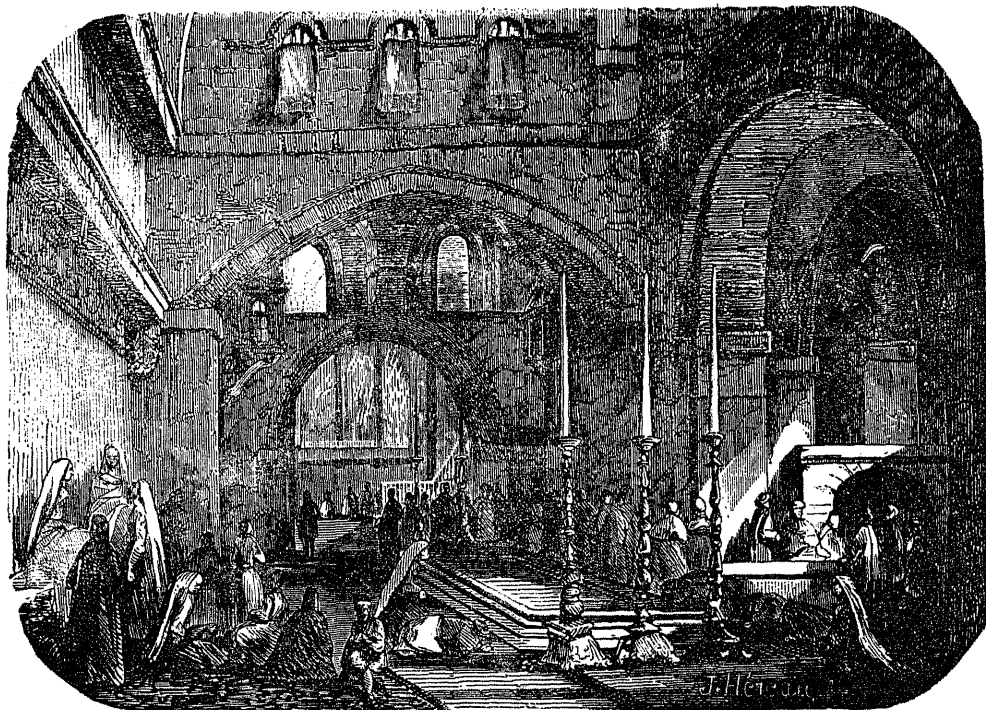
zadas acabaron lo que Carlos Martel habia tan valientemente comenzado en las llanuras de Tours. Si á fines del siglo XI no hubiera llevado á Oriente la caballeria cristiana el terror del nombre franco, es incontestable que los turcos, que no se apoderaron de Constantinopla hasta el siglo XV, se hubieran enseñoreado de ella en el XII. ¿Y cuál habria sido la consecuencia de este importantísimo acontecimiento, llevado á cabo cuando la Europa, dividida en una infinidad de pequeños principados, era teatro de una encarnizada guerra? Segun todas las probabilidades, la media luna, contra la cual San Pio V se vió obligado á organizar una especie de cruzada, habria establecido su dominio en una parte del Occidente, cuatrocientos ó quinientos años antes de la batalla de Lepanto. Dejando aparte estas consideraciones, las Cruzadas, que no pudieron arrancar definitivamente la Palestina á los musulmanes, influyeron en gran manera sobre los progresos de

la civilización occidental. Libertaron á Europa de la plaga de las guerras civiles, ocupando fuera de ella la actividad de una nobleza turbulenta, para la cual eran una necesidad los combates; del mismo modo contribuyeron á la tranquilidad de las poblaciones y á la seguridad del comercio y de la agricultura, favoreciendo además el establecimiento de las comunidades, puesto que pusieron á los señores en el caso de dar libertad á sus siervos, y enajenar sus dominios, para procurarse el dinero necesario á los dispendios de aquellas expediciones. Finalmente, las Cruzadas contribuyeron al progreso de las ciencias, artes, industria, navegación y comercio. Fué necesario multiplicar en todos los puertos el número de los buques para trasportar á los cruzados con todas sus municiones, cayendo de este modo la navegación del Mediterráneo, dominada casi exclusivamente por los musulmanes, en poder de los francos, asegurándose muy luego todo el comercio de Grecia, Siria, Egipto y las Indias.

Podría aun añadirse, sin temor de contradicciones poco reflexivas, que era muy hermoso restablecer la fé en los lugares en que había nacido, y que es una gloria inmarcesible para la Francia el que el valor de sus hijos haya brillado de tal modo á los ojos de los pueblos orientales, que aun hoy mismo el nombre de franco sea sinónimo de europeo (1).

A. de C.

(1) El redactor de este artículo olvida, al parecer, que de la primera hasta la última de las Cruzadas tomaron parte muy activa en aquellas hazañas, guerreros de alta nombradía ingleses, escoceses, alemanes, italianos y españoles, entre los cuales hay alguno, como por ejemplo Ricardo Corazon de Leon, cuyas proezas eclipsan las de los mas grandes capitanes franceses de aquellos dias. (N. de T.)



El Santo Sepulcro.



Balduino I, rey de Jerusalem. Balduino, hermano del ilustrado Godofredo de Bouillon, aunque destinado desde luego al estado eclesiástico, abrazó la carrera de las armas; y en 1095, cuando se predicó la primera cruzada, tomó junto con su hermano la cruz, que era el distintivo de todos los que se alistaban en la santa liga. No por convicciones religiosas entrara tan solo en esta empresa, y sí mas bien movido por sus esperanzas de conquistar con la espada un principado en Asia; así vemos que aprovechó todas las ocasiones que podían conducirle á la realización de sus ambiciosos proyectos. Compañero del esforzado Tancredo en una expedición en Cilicia, tuvo con este último acaloradas contiendas con motivo de la toma de Tarsis, de la que se posesionó por medios violentos, forzándole á buscar otras conquistas. Exclusivamente preocupado de las grandezas mundanas, concibió el proyecto de separarse del ejército de la Cruzada, é ir lejos de allí á guerrear por su propia cuenta. Luego que se tuvo conocimiento de su designio, su hermano, el virtuoso Godofredo, y los demás generales hicieron lo posible para que abandonara su culpable resolución; mas Balduino desairó sus nobles instancias. A la cabeza de un puñado de hombres se avanzó hácia la Armenia, é infundiendo con su audacia terror y espanto á los turcos, llegó hasta las murallas de Edessa.

En otro tiempo real residencia, y célebre en los de la Iglesia primitiva, Edessa era la metrópoli de la Mesopotamia. La gobernaba, bajo la soberanía de los sarracenos, un príncipe griego que ejercía su mando en nombre del emperador Alejo. La proximidad y las victorias de los cruzados produjeron suma sensación en los habitantes de la ciudad. El obispo y doce sugetos principales fueron enviados al príncipe en calidad de diputados para conjurarlo á que salvara de la dominación de los infieles una ciudad cristiana. Balduino accedió fácilmente á sus ruegos, y elegido príncipe de Edessa por el pueblo, que se había insurreccionado y dado muerte al gobernador, á poco tiempo despues marchó contra Samosata, y la tomó por asalto. Parte de la Mesopotamia y las dos orillas del Eufrates reconocieron su autoridad.

Balduino, sea dicho en honor de la verdad, contaba muy poca gente bajo sus banderas; mas si hemos de dar crédito á una especie de leyenda, su pequeño ejército recibió un refuerzo muy importante á consecuencia de un suceso enteramente romántico.

Por una tarde del mes de julio del año de 1097, dos embarcaciones del emperador Alejo Comneno, tripuladas por griegos, fueron vigorosamente acometidas por unos piratas, á la vista de las costas de Cilicia.

Estos piratas eran franceses, flamencos y frisonas, que habiéndose dedicado por algun tiempo al comercio de la pesca, habían concluido por hallar mas cómodo tomar que trocar, y se habían puesto á espumar los mares, como entonces se decía.

Sus fuerzas llegaban á quinientos ó seiscientos hombres determinados, á la vez marinos y soldados, que con una mano maniobraban y con la otra manejaban diestramente el hacha de abordaje. Así que se apoderaron de las dos naves griegas, los piratas remontaron el Cydno para ir á Tarsis, que distaba una legua y media del mar. Grande fué su sorpresa al distinguir el pabellón de su país, que tremolaba en los muros de la ciudad: su corazon endurecido se conmovió al recuerdo de la patria ausente; por otra parte los soldados

que guarneecian á Tarsis, luego que supieron que los piratas hablaban su lengua, les tendieron los brazos. Lleváronlos á palacio á la presencia de Balduino, quien se estremeció de alegría al reconocer á Gherard y Wimer de Boloña, que en otro tiempo habían sido sus compañeros de armas. El príncipe hizo preparar un gran festín, y así que el vino generoso hubo calentado las cabezas, dirigió la palabra en estos términos á sus huéspedes:

—Preciso es que os diga, amigos míos, que todos vosotros, que sois cristianos, lleváis una muy mala vida. Nosotros, cruzados, somos los soldados de Jesucristo; mas vosotros, compatriotas nuestros, sois soldados del diablo. Creedme, hermanos míos; abandonad vuestro oficio de piratas y seguidnos. Id con mi hermano Godofredo á la conquista del Santo Sepulcro, ó bien seguid mi buena ó mala fortuna. Si me ayudais con valor y lealtad, vastos señoríos serán la recompensa de vuestros servicios.

—La cruz! la cruz! exclamaron unánimemente los piratas.

—Así espiareis vuestros pecados, replicó Balduino.

En seguida trajeron unas bandejas con cruces de paño verde, que los piratas se pusieron en la espalda. Y estos ladrones del mar, transformados en soldados de la Cruzada, se alistaron bajo el estandarte de Balduino, á quien hicieron importantes servicios, y los que sobrevivieron á los azares de la guerra, fueron con el tiempo muy buenos caballeros.

Entre tanto Godofredo de Bouillon había muerto de cuarenta y un años de edad, al regresar de una expedición contra el sultan de Damasco. Balduino, viniendo á visitar á su hermano, entró en Jerusalem en los momentos mismos que toda la ciudad lloraba la muerte de aquel héroe, y así fué como supo la triste nueva. El valiente príncipe de Edessa traía consigo cuatrocientos caballos y mil infantes: durante su marcha había batido á dos emires. Despues de haber pagado su tributo de lágrimas á la memoria de su hermano, á quien siempre había entrañablemente amado, Balduino se hizo proclamar rey de la Tierra Santa, título que, como luego diremos, Godofredo había rehusado.

Los primeros hechos de armas del nuevo rey fueron la toma de Segor, el castigo de los infieles del país de Ascalon, y la destrucción de numerosas bandas de árabes, á las que cogió un botín de gran cuantía. Dignamente orgulloso con la posesion de un trono, que era entonces mirado como el mas augusto del mundo, Balduino desplegó abiertamente todas las virtudes heroicas de un verdadero caballero cristiano. Cierta dia que regresaba de una escursión contra los infieles vencidos de la orilla opuesta del Jordan, se le presentó una ocasión en la que dió pruebas de que su corazon tenía, á mas de valor y bravura, un gran fondo de generosidad. Aun estaba distante algunas leguas de Jerusalem, cuando unos gemidos que salian de un bosque vecino llamaron su atención. Dirigióse solo al sitio, y vió á una muger árabe con los dolores de parto, la cual se había descarriado en medio de la confusion sobrevenida en la derrota que habían sufrido los musulmanes, y el temor y el espanto habían apresurado el término de su embarazo. Aun cuando esta muger fuese la de un enemigo y de un infiel, Balduino la cubrió con su capa, y la hizo poner, para que descansara, encima de unos tapices; y luego que la pobre parida anunció que podía soportar el camino, el rey de Jerusalem la envió á su esposo en una litera, acompañada de una escolta. Este último ocupaba un rango muy elevado entre los árabes: derramó lágrimas de alegría al volver á ver á su esposa, cuya pérdida lloraba, y juró en sus adentros no olvidar jamás la generosidad de Balduino.

A fines del año de 1101, el rey de Jerusalem marchó con trescientos caballos y nueve cientos hombres de á pié, contra doce mil sarracenos, que devastaban los alrededores de Ramla.

La vanguardia de los cristianos fué enteramente destruida. Balduino, casi desesperado, se arrodilló, estuvo algunos instantes en oración, y en seguida, poniendo á su lanza una banderola blanca, que debía servir como de enseña á sus tropas, se lanzó contra los infieles, los puso en plena derrota, y entró en Jerusalem cubierto de gloria, cuando la ciudad lo creía ya muerto. Pocos dias despues atacaba con igual audacia un ejército egipcio, que se avanzaba entre Ascalon y las montañas de Judea: mas las fuerzas enemigas eran tan numerosas, que al primer choque las tropas cristianas sucumbieron. El príncipe fué el único que escapó milagrosamente de los filos enemigos, y oculto en unos zarzales, á los que pusieron fuego, llegó á Ramla, despues de haber corrido innumerables peligros. Sitiada esta ciudad inmediatamente, en vísperas de caer en poder de los musulmanes, un extranjero se presentó ante el rey de Jerusalem:

—Tú has sido humano, le dijo, tú has sido generoso con mi muger. Yo, para satisfacer esta deuda que contigo he contraído, estoy dispuesto á todo. Mañana esta ciudad estará en nuestro poder; ningún cristiano escapará al filo de la cimitarra. Mas tú, si quieres seguirme, no morirás, y antes que venga el día estarás con los tuyos.

Balduino vaciló. Su corazon se desgarraba al pensar que no podía socorrer á sus hermanos; mas preciso era ceder al imperio de las circunstancias. El emir cumplió su palabra; y mientras los ha

bitantes de Jerusalem, sabedores de la toma de Ramla, lloraban la muerte de su soberano, este con la rapidez del relámpago se presentaba en los muros de la Ciudad Santa.

Sin tomar aliento, reunió al instante todos los cristianos capaces de llevar las armas, y tornó á la carga contra los egipcios con el furor que inspira la desesperación, é hizo una espantosa matanza de infieles en los llanos de Jafa.

Baldouin, merced á sus conquistas, acreció el reino de Jerusalem con las ciudades de Tolemaida (San Juan de Acre), de Sidon, de Berita, y con otras muchas ciudades del litoral de Fenicia.

Se preparaba á sitiar á Tiro, cuando enfermó de la disenteria en El-Arisch. Conociendo que sus últimos momentos estaban muy próximos, reunió á todos sus compañeros de armas:

—Voy á morir, les dijo, no os aflijais. No perdeis en mí sino un solo hombre, y entre vosotros hay muchos jefes mas hábiles que yo. Estad siempre unidos, y concededme el último favor: que mi cuerpo sea trasportado á Jerusalem, y sepultado en la tumba donde descansa mi noble hermano Godofredo.—Los guerreros cumplieron piadosamente la última voluntad de su jefe.

Bohemundo, príncipe de Tarento. Bohemundo, príncipe de Tarento, era hijo de Roberto Guiscard, aventurero normando, que, habiendo dejado su feudo de Hauteville en la baja Normandía, acompañado de cinco caballeros y treinta infantes, pasó á Italia y conquistó con su espada, á fuerza de hazañas increíbles obtenidas en Sicilia y en el reino de Nápoles, el título de duque de Pulla y de Calabria. Bohemundo tenía el corazón, la audacia y el genio de su padre. Todos los escritores contemporáneos, unánimemente lo representan como

modelo de los paladines de la edad media. Su talla tenía un codo mas que la ordinaria de los demás hombres, dice Ana Comnena, y su presencia imponía tanto, cuanto su valor asombraba al enemigo. Su locucion era naturalmente elocuente, y su continente muy marcial. Educado en la escuela de los héroes normandos, Bohemundo ocultaba las frías combinaciones de la política bajo las apariencias de bondad y benevolencia; y si bien su carácter tenía mucho de fiero y altivo, cuando se le injuriaba, y que la venganza no le podía traer provecho, sabía disimular la ofensa.—Valiente como sus abuelos, el hijo de Roberto Guiscard, mandaba el ala izquierda del ejército normando en la batalla de Durazzo, y allí se le vió dar una carga decidida á un grueso de quinientos caballeros griegos, que fueron enteramente destrozados.

Desheredado injustamente, no le quedó otra cosa á la muerte de su padre, sino el recuerdo de sus hazañas y el ejemplo de sus antepasados: mas no se dobló ante su mala fortuna. Vencedor de Rugerio, hermano menor suyo, á quien su padre había legado los bienes y títulos, obtuvo de él el principado de Tarento; y ambos estaban sitiando á la ciudad de Amalfi, cuando supieron que los cristianos de Occidente se preparaban para la guerra de Palestina, con el fin de arrancar los Santos Lugares á la dominación musulmana.

A esta nueva, el príncipe de Tarento, lleno de entusiasmo recorrió las filas de su ejército, predicando él mismo la Cruzada á su gente.

A los guerreros en quienes reconoce un fondo de religiosa piedad, les trae á la memoria la opresión que sufre la religion en la tierra en que impunemente se enseñorean los sectarios de Mahoma; á los otros

ambiciosos de fortuna y renombre, les presenta los medios de alcanzar con sus gloriosos hechos lo uno y lo otro.—Su elocuencia arrastra á sus entusiasmados soldados, y el grito de: *Dios lo quiere! Dios lo quiere!* resonó en todo el campo. En presencia del ejército, Bohemundo hace cruces con el paño de su magnífica capa, que distribuye á sus oficiales. Faltaba el jefe á cuyas órdenes había de marchar la santa expedición. Los nuevos cruzados aclamaron por tal al valiente misionero, quien al frente de diez mil caballos y veinte mil infantes, no tardó mucho en hacerse á la vela para Palestina.

El odio que el príncipe de Tarento abrigaba contra Alejo, emperador de Constantinopla, le sugirió la idea de aunarse con Godofredo de Bouillon, para destronar al príncipe bizantino. Mas el piadoso y noble Godofredo, recordó que había tomado las armas para libertar el Santo Sepulcro de la dominación de los infieles, y rechazando las proposiciones de Bohemundo, le trajo á la memoria el juramento que habían hecho los cruzados de no combatir sino por la santa causa que era el objeto de la expedición.

Bohemundo había desembarcado en la Albania. Ya muchas ciudades y algunos distritos habían sido saqueados, cuando Bohemundo recibió del emperador un mensaje muy urgente para que fuese á Constantinopla. El príncipe de Tarento tuvo un recibimiento en el que se desplegaron magnificencias indecibles. Al ver un salón cuajado de riquezas, el normando exclamó: «¡Con esto hay para la conquista de un reino!»—Todo eso es vuestro, le contestó el emperador: é inmediatamente hizo que trasportaran todos esos tesoros á la habitación de su huésped.

Entre tanto con marchas penosas y sangrientos combates, en los que Bohemundo hizo admirar su gran capacidad militar y su nunca desmentido valor, los cruzados habían llegado delante de la ciudad de Antioquía, tan célebre en la historia de la Iglesia. Algo mas de siete meses los cruzados estuvieron acampados á la vista de los muros de esta ciudad, y á pesar de los prodigios de valor, hubieran levantado el sitio, si la ambición y la astucia no hubieran alcanzado, de parte de los cruzados, lo que no habían podido obtener con su valor y perseverancia.

Bohemundo se había proporcionado secretas inteligencias dentro de Antioquía, con un renegado llamado Phiros, quien ofreció entregar al príncipe tres torres, cuya custodia le estaba encargada, con la condición (dictada por el astuto normando) de que la ciudad había de ser entregada solamente al príncipe de Tarento, en cuyo poder quedaría definitivamente.—Bohemundo había urdido con mucha habilidad su trama; pero los celos y la ambición de algunos rivales suyos vinieron á traicionarle.—«No hemos atravesado tantos países, dijeron, no hemos afrontado tantos peligros, no hemos prodigado nuestra sangre y nuestros tesoros, para pagar con el precio de nuestras conquistas una estratagema vergonzosa, que solamente pudieran imaginar las mugeres.»

Bohemundo, á quien la historia ha dado el sobrenombre de Ulises de los latinos, se vió obligado á disimular su enojo, y envió emisarios en todos los cuarteles para que esparciesen noticias alarmantes. La consternación, como lo había previsto, se apoderó de los cristianos: enviáronse algunos jefes á la descubierta para comprobar la verdad de los rumores que andaban en boca de la gente; y estos regresaron con la noticia de que Kerboga, sultán de Mossul, se avanzaba hacia Antioquía con un ejército de doscientos mil hombres; y acampados en

las orillas del Eufrates y el Tigris. Este ejército, que había amenazado á la ciudad de Edessa, y asolado la Mesopotamia, distaba del campo de los cruzados unas siete jornadas.

Con esta noticia, el terror toma mayores proporciones. Bohemundo recorre las filas, exagera el peligro, y aparenta mas tristeza y temor que los demás. Los cruzados, fatigados de la duración del sitio, y aterrados con la idea de ser atacados por el frente y por la espalda por dos ejércitos, aceptan por último las proposiciones del renegado. Mas en el momento de la ejecución, un terror pánico se apodera de las tropas cristianas: ninguno se presenta para escalar las fortificaciones con Godofredo de Bouillon y el príncipe de Tarento! Bohemundo, exasperado y furioso, sube él mismo por la escala de cuerdas, con la esperanza de que los mas animosos le seguirían: llega solo á la torre de Phiros, quien le reprocha vivamente su lentitud. Baja á toda prisa, reanima con su palabra y con su ejemplo el decaído ánimo de su gente, anunciándoles que todo está dispuesto para recibirlos. Sesenta guerreros suben por la escala animados por un caballero llamado Covel, y el cual, dice la crónica, se asemejaba al águila conduciendo sus hijuelos, y volando á su lado para envalentonarlos. Diez torres caen en breves instantes en poder de los cristianos: el ejército en masa corre á ellos; las puertas saltan de sus quicios al esfuerzo de las hachas, y en todas las cuatro colinas de la ciudad, resuena el terrible grito: *Dios lo quiere! Dios lo quiere!* La matanza fué horrorosa: las calles eran rios de sangre.

En medio de tan sangrienta victoria, no se descuidó Bohemundo de tomar posesion de Antioquía: de suerte, que al rayar el día flotaba su estandarte en una de las torres mas altas de la ciudad.

Al tercer día de la toma de esta ciudad, se distinguieron allí en lontananza las innumerables banderas del ejército musulmán. El sitio fué puesto con mucho vigor: el bárbaro Kerboga contaba con la seguridad de la victoria. Los cruzados, reducidos al estado de esqueleto por las privaciones y el hambre, solamente podían imponer á las mugeres. Mas el sultán desconocía la fuente de la que los cristianos sacaban fuerza, vigor y entusiasmo. La fé los sostenía; así, al cabo de poco tiempo, el ejército de los cruzados obtenia sobre sus enemigos la mas completa victoria!

Cierto día, el intrépido Bohemundo, habiendo querido socorrer una ciudad de Mesopotamia atacada por los turcos, su gente fué agobiada por la superioridad del número, y él cayó prisionero.

Retenido entre los fierros mas de dos años, el príncipe de Tarento conservó en el cautiverio su audacia y su actividad.

Cuando volvió á la libertad no se limitó á guerrear solamente contra los infieles. Habiendo tomado á su servicio buques tripulados con gente de Pisa y de Génova, dirigió sus ataques contra el imperio griego; y no correspondiendo la rapidez de los buenos resultados con sus impacientes deseos, resolvió volver á Occidente á buscar mayores auxilios. Para llevar á cabo su viaje, pues la flota griega hubiera podido estorbárselo, puso en juego una estratagema de las mas extrañas. Mientras que sus afectos publicaban su muerte, el príncipe se hacia conducir en una galera, metido en un ataúd, en el que se habían abierto algunos agujeros, indispensables para que respirara cómodamente. Junto al mausoleo había mugeres arrodilladas, que lloraban y se arrancaban los cabellos. Bohemundo pasó con tan lúgubre aparato por en medio de la flota griega, la que estaba trasportada de alegría con la noticia de su muerte. Desembarcó en Corfú, y encontrándose cerca de Italia, en una isla guarnecida con poca gente, salió del ataúd y se paseó en la ciudad. Hizo llamar al gobernador, y le dijo con aire amenazador: «Haced saber á vuestro amo que Bohemundo, hijo de Roberto, ha resucitado, y que no se tardará mucho que reciba noticias suyas.» Y en seguida se vino á bordo del buque, y se dió á la vela para Italia: aquí permaneció algun tiempo, y despues se dirigió á Francia, donde el rey Felipe le permitió reclutar gente, y lo casó con su hija Constancia. El mismo día de sus bodas, celebradas en Chartres con mucha pompa y boato, el valiente cruzado subió al púlpito de la catedral y predicó la expedición contra Alejo, con el mismo entusiasmo que tenía en los combates. Encontróse al cabo de pocos días á la cabeza de un ejército numeroso. Mas, poco tiempo despues, en el año de 1144, la muerte vino á sorprenderle en la Pulla, en los momentos en que se preparaba para llevar de nuevo en el imperio griego el terror que inspiraba su nombre. Se le erigió en Canosa una tumba, cuya inscripción ha conservado el cardenal Baronius en sus *Anales*.

Bouillon (Godofredo de). No lejos de las orillas del Dylo, y á poca distancia de las ruinas de la antigua abadía de Villers (1), se alzaba en otro tiempo un fuerte castillo que dominaba la aldea de Baisy. Aquí, en los muros de este solar feudal, segun el testimonio de las crónicas mas fidedignas, nació en 1060 el futuro libertador de la Tierra Santa, el tipo mas perfecto de los caballeros cristianos de la edad media, Godofredo de Bouillon. Fueron sus padres Eustaquio II, conde de Boloña, é Ida, hija de Godofredo, duque de Lorena.

Apenas salía Godofredo de la adolescencia, cuando su tio materno, Godofredo el Jorobado, duque de la Baja-Lorena y de Bouillon, pere-

(1) A seis leguas de Bruselas.

ció asesinado en la guerra que sostenia contra Roberto le Trison. Godofredo el Jorobado no tenía sucesión, y había designado por heredero suyo al hijo de su hermana Ida. Mas no bien había cerrado los ojos el duque de Lorena, cuando el emperador Enrique IV, olvidando los servicios de su fiel vasallo, dió á su propio hijo Conrado la investidura del ducado de la Baja-Lorena. El obispo de Verdun y el conde Namur, aprovechando esta circunstancia, vinieron á poner sitio á la fortaleza de Bouillon, donde la condesa Ida se había encerrado con su hijo (1077). En la defensa de este castillo, Godofredo de Bouillon desplegó por la vez primera ese valor caballeresco que, algunos años mas tarde, debia adquirirle un renombre tan glorioso.

Vencedor de sus agresores, el joven héroe los puso en la estremidad de pedir la paz: y el mismo emperador, lleno de admiración con los altos hechos de su vasallo, reconoció la injusticia que había cometido, y por via de compensación le confirió el marquesado de Anvers.

Luego, cuando mas tarde el emperador vino á sitiar á Roma á la cabeza de su ejército, Godofredo acompañó á su señor, y al esfuerzo é intrepidez del sobrino de Godofredo el Jorobado debió Henrique IV la conquista de la ciudad eterna. El emperador, despues de la rebelion de su hijo Conrado, había restituido á Godofredo la corona ducal de la Baja-Lorena. Mas el piadoso soldado estaba inconsolable por haber combatido contra el sucesor de San Pedro. Una fiebre



Godofredo de Bouillon.

lenta, habien lo venido á aumentar sus remordimientos, hizo voto de ir á Jerusalem, en caso de sanar, no con el bordon y el hábito de peregrino, sino con su espada, como un verdadero caballero.

No tardó mucho en presentarse la ocasion para llevar á cabo su promesa.

Constantemente la cristiandad tenía puestos los ojos en la Palestina, teatro del gran drama evangélico. San Gerónimo nos cuenta, que las peregrinaciones á Jerusalem comenzaron inmediatamente despues de la Ascension de N. S. Jesucristo. Sobre todo desde el año de 1000 en adelante, que habían cesado los terrores del fin próximo del mundo, una multitud considerable de peregrinos afluía en la Tierra Santa. Mas hé aquí que repentinamente se esparce el rumor en toda Europa que los turcos sejourkides se habían apoderado de la Palestina, que la media luna de Mahoma brillaba en los muros de la Ciudad Santa, cuyas iglesias habían sido profanadas, y que los bárbaros, estendiéndose hasta el Bósforo, amenazaban al imperio griego.

A estas tristes nuevas, los pueblos de Occidente corrieron á las armas. No se trataba ya tan solo, en efecto, de libertar el Santo Sepulcro del Hombre-Dios; como en los tiempos de Carlos Martel, una lucha suprema se empeñaba entre el islamismo y la civilización cristiana. Reunióse pues en Clermont un concilio, y allí el Papa Urbano II, haciendo un llamamiento á la nobleza del Norte y del Mediodía, pronunció estas palabras que resonaron en toda Europa: «Guerreros que sin cesar buscáis vanos pretextos de guerra, regocijaos,

porque ved aquí una guerra legítima. Vosotros que tan á menudo fuisteis el terror de vuestros conciudadanos, y que por un vil salario vendeis vuestros brazos á los furiosos ajenos armados con la espada de los Macabeos, id á defender la casa de Israel!...»

El concilio de Clermont se habia celebrado en noviembre de 1095. A la siguiente primavera, doscientos mil hombres salidos de las clases inferiores, se precipitaban en Asia, conducidos por Pedro el Ermitaño. Pero esta multitud sin disciplina no podía resistir al primer choque de los infieles. Perseguidos como bestias feroces por los ribereños del Danubio, estos primeros cruzados perecieron casi todos bajo las flechas de los turcos.

El ningún éxito de esta primera expedición no enfrió el entusiasmo del Occidente. Grandes ejércitos regulares, compuestos de príncipes, caballeros, hombres de armas de todos los países, se pusieron en marcha para el Oriente. Parecía que la Europa obedecía á la voz misma de Dios.

Dios lo quiere! Con este grito, en efecto, la caballería cristiana se precipitó en Asia.

Godofredo fué uno de los primeros que respondió al llamamiento del jefe de la Iglesia. Para acrecer el número de sus soldados, no perdonó sacrificio alguno: vendió sus fortalezas, y no vaciló un momento en ceder los derechos que tenía al ducado de Bouillon.

El ejército cristiano se puso en marcha el 10 de agosto de 1096, bajo la conducta de Godofredo, que, al decir de un cronista contemporáneo, era á la vez el Agamenon y el Aquiles de esta iliada cristiana. Mas de setecientos mil soldados de la cruz atravesaron las áridas llanuras de la Bythinia, y á despecho de los desesperados esfuerzos de los defensores de la media luna, venidos de todas las provincias del Asia Menor, pusieron sitio á Nicea.

Mientras los cristianos estaban retenidos delante de esta plaza, Godofredo de Bouillon dió á su ejército una prueba de destreza y valentía, que en aquellos tiempos debía escitar la admiración de la gente de guerra.

Cierta día, un sarraceno de fuerzas hercúleas, arrojaba impávido de lo alto de una de las torres de la ciudad, los vasallos de los cruzados, en cuyas filas esparcía el terror y la muerte. Vino Godofredo, echó

mano á una ballesta, y la lanzó contra el infiel, quien cayó sin vida con el corazón atravesado. Otra vez la vanguardia del ejército cristiano, marchando hacia Antioquía, habia sido atacada repentinamente por fuerzas muy superiores. El enemigo habia casi batido victoriosamente todos los flancos del ejército, y la derrota iba ya á ser completa, cuando el duque de Bouillon, que habia tomado otra ruta, se apareció al frente de sus caballeros. Los historiadores de la Cruzada ponen por las nubes los altos hechos de Godofredo en esta batalla. Homero no atribuye á sus héroes proezas mas gigantescas.

No solamente se distinguía Godofredo por su valentía entre los caballeros de Oriente, sino tambien por su humildad, su adhesión y desinterés. Cuando los cristianos atravesaron los desiertos de Isauria, los víveres faltaron casi completamente durante algunos días: el jefe de la Cruzada dió en esta ocasion pruebas de la nobleza de su alma; privóse de todas sus provisiones para distribuir las entre las mugeres y los niños que seguían al ejército.

Godofredo amaba á sus soldados con la ternura de un padre. Los cronistas refieren con este motivo una porción de hechos. Cierta día, en una partida de caza, cerca de Antioquía, el héroe cristiano, ha-

biendo oído unos gritos que venían de un sitio apartado de la selva, encaminó su caballo hacia aquel lado, y vió á un soldado, cargado de leña, acosado por un oso hambriento. Inmediatamente Godofredo echó mano á la espada, y vuela al socorro del soldado: desmontado del caballo por la fiera, que habia abandonado su presa para lanzarse á su encuentro, el duque de Bouillon se endereza con la rapidez del relámpago, y hiere repetidas veces á su terrible adversario. El oso, ciego de furia, se lanza á él con esfuerzo impetuoso, y lo derriba á sus pies. En tan supremo peligro el ilustre guerrero no pierde la serenidad ni el ánimo; abrazando con un brazo al oso, con el otro le hunde la espada en las entrañas hasta dejarlo muerto.

A consecuencia de este duelo de nuevo género, el duque, herido gravemente en una nalga, fué llevado al campamento por el soldado que le debía la vida, y las aclamaciones del ejército entero le recomendaron su acción caballeresca!

Entre tanto los cristianos, sitiados en Antioquía, sufrían los horrores del hambre. Las defecaciones eran numerosas: muchos jefes de renombre habian abandonado el ejército. Pero Godofredo y Tancredo, lejos de abatirse, juraron no renunciar á la conquista de Jerusalem, en tanto que contasen sesenta hombres bajo su bandera. El heroísmo de los dos caballeros reanimó el decaído valor de sus compañeros, y el 28 de junio de 1098, los cruzados consiguieron sobre los sarracenos una victoria tan brillante como aquella en que Abd-el-Rhaman (llamado Adderam por los cronistas franceses) y su innumerable ejército fueron destrozados en las llanuras de Poitiers por la esforzada hacha del hijo de Pepino de Herstal. Cuenta la crónica que el día en que se dió esta terrible batalla, Godofredo de Bouillon, en quien la caridad no conocía sacrificios, se hallaba tan falto de lo necesario, que para combatir, tuvo que tomar prestado un caballo al conde de Tolosa.

El viernes 15 de julio de 1099, Godofredo plantó su bandera en los terraplenes de Jerusalem: tanto este, como su hermano Eustaquio, reivindicaron el honor de ser los primeros que subieron á la brecha. El duque de Lorena se lanzó pues sobre las murallas, y penetró en la Ciudad Santa por la puerta de San Esteban, que al instante fué abierta al ejército cristiano.

Mientras durara el sitio, Godofredo habia mostrado la habilidad de un gran capitán, y habia dado mil pruebas de extraordinario valor; mas despues de la batalla, el héroe se abstuvo de hacer correr mas sangre: y en tanto que sus compañeros se entregaban á la embriaguez del triunfo, él, sin armas y descalzo, se encaminó con tres de sus servidores á la iglesia del Santo Sepulcro. Al momento que se tuvo conocimiento de este acto de piedad, cayó el furor, se apaciguaron las venganzas. Los cruzados se despojaron de sus armaduras, tintas en sangre, sus gemidos resuenan en todos los ángulos de Jerusalem, y en procesion, desnudos los pies y la cabeza descubierta, se dirigen á la iglesia, donde su general estaba dando gracias al Eterno.

Bien pronto los barones quisieron volver á levantar el trono de David, y sentar en él al caballero mas valiente y mas digno. Diez cristianos, escogidos entre los personajes mas eminentes y los mas recomendables del clero y del ejército, tuvieron el difícil encargo de elegir al rey de Jerusalem. Guillermo de Tiro refiere con este motivo que los diez árbitros, deseando ilustrarse por todos los medios conducentes á una acertada eleccion, tomaron informes hasta de los

criados y familiares de los pretendientes. A cada uno de estos últimos se le reprochaba algun defecto; mas en cuanto al duque de Lorena, no hubo uno de sus servidumbre ni de sus amigos que pusiese la mas pequeña restriccion al testimonio que dieron de sus virtudes.

Electo rey por sus iguales, Godofredo fué llevado triunfalmente á la iglesia del Santo Sepulcro: mas el piadoso caballero rehusó las insignias reales, diciendo que jamás aceptaría una corona de oro allí donde el Salvador del mundo habia llevado una de espinas. Y se contenta con el humilde título de baron del Santo Sepulcro!

La victoria de Ascalon, obtenida poco tiempo despues, puso en su colmo la gloria de Godofredo de Bouillon. La crónica contemporánea le aplicó lo que la Escritura dice de Judas Macabeo: «que acreció la gloria de su pueblo, y que, semejante á un gigante, fué el terror de sus enemigos y la proteccion de todo su campo!»

La historia ha conservado un dicho del duque de Lorena, que á lo vivo pinta la grandeza de alma del héroe cristiano, y que en cierto modo resume la biografía que acabamos de bosquejar. Despues de la batalla de Ascalon, sus compañeros le cumplimentaban por los prodigios de valor y energía que habia desplegado durante la jornada: «Mis manos son fuertes», respondió sencillamente, porque estan puras.»

Brienne (Juan de). Hijo de Erardo II, conde de Brienne, en Champagne, y de Agnès de Montbelliard. En su juventud, Juan de Brienne habia sido destinado á la Iglesia; pero educado entre una familia de guerreros, rehusó obedecer á sus padres; y para evitar la cólera del conde, tuvo que ir á buscar asilo en el monasterio del Cistel, donde confundido con los cenobitas, se entregó como ellos al ayuno y á la mortificación. Pero las austeridades del claustro no podían avenirse con su ardor, con su pasión por los ejercicios marciales; y muy á menudo, en medio de las oraciones y de las ceremonias religiosas, le asaltaba la idea de los combates; por lo que su espíritu no gozaba de tranquilidad.

Habiéndole encontrado cierto día un tio suyo á la puerta del monasterio, en un estado poco conveniente á su na imiento, movido de su llanto y súplicas, se lo llevo consigo, y lo puso en estado de seguir su natural inclinacion. Muy pronto aquel que habian destinado al servicio divino, á la paz del altar, se hizo un brillante renombre en la caballería. De suerte, que cuando los cristianos de Palestina vinieron á pedir á Felipe Augusto un esposo para la jóven Maria, hija de Conrado de Montferrato y heredera del reino de Jerusalem, el rey de Francia no vaciló en designar al valiente hijo de Erardo. Juan aceptó con alegría la mano de una jóven reina, con un Estado que era preciso disputar con la punta de la espada al poder sarraceno. Encargó á los embajadores de Palestina que fuesen á anunciar su próxima llegada, y lleno de confianza en la causa que iba á defender, les prometió seguirlos á la cabeza de un ejército. El nuevo rey no tardó mucho, en efecto, en dar pruebas de su valor en el campo de batalla: mas no habiendo llevado consigo sino un corto número de caballeros, no pudo libertar las provincias cristianas de la presencia de un formidable enemigo. Encerrado en Tolemaida, sin ejército para defenderla, Juan de Brienne imploró el apoyo de la Santa Silla y el auxilio de los caballeros franceses. Pero la desastrosa guerra de los Albigenes, la Cruzada, que predicó Inocencio III contra los moros de España, estorbaron á los guerreros de Occidente el que diesen oído á las quejas de los cristianos de Jerusalem.

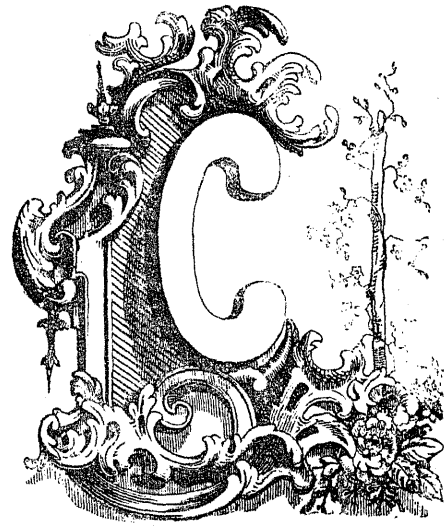
Con todo, el ardor del soberano pontífice no conocía límites: el cardenal Roberto de Courson, que por entonces ejercia en Francia las funciones de legado del Papa, tuvo orden de predicar la cruzada en muchas provincias francesas.

Entre los príncipes que juraron atravesar la mar para combatir á los musulmanes, se notaba á Andrés II, rey de Hungría. Las tropas de este príncipe, reunidas con el escaso número de caballeros franceses alistados bajo la bandera de Juan de Brienne, permitieron á este último que volviese á tomar la ofensiva. Los sarracenos fueron vencidos en muchos combates. A poco tiempo despues, se tomó la resolucion de atacar al Egipto, y el ejército cristiano se reunió bajo los muros de Damietta, la cual, despues de mil prodigios de valor, cayó en manos de los cristianos. Nombrado algo mas tarde general de los ejércitos del Papa, que hacia la guerra á Federico II, emperador de Alemania, Brienne se ilustró con nuevas hazañas, consiguiendo contra las tropas imperiales en los Estados romanos y en el reino de Nápoles.

Mientras que estas cosas pasaban, el imperio de Constantino se arruinaba. Balduino II, que debia suceder á su padre Pedro de Courtenay, era aun muy niño. Los principales del Estado se dirigieron pues al papa pidiéndole un príncipe que los gobernase. El papa puso los ojos en Juan de Brienne, quien fué investido para toda su vida del título y prerogativas de emperador, con la condicion que casaría su hija segun va con el jóven Balduino, y que este seria su sucesor.

Juan de Brienne llegó á Constantinopla en 1229: fíase ya en los setenta años; mas el viejo caballero no desmintió las esperanzas que habian inspirado su habilidad y bravura. Cien mil bárbaros habian venido á poner sitio á Constantinopla, que contaba para su defensa un corto número de barones y caballeros. Estos escogidos guerreros, bajo la direccion de Brienne, hicieron prodigios de valor y derrotaron el

ejército sitiador, que dejó sus bagajes y su flota en poder de los vencedores. Al año siguiente los griegos y los búlgaros fueron aun rechazados y batidos por el héroe septuagenario. Ambas victorias resonaron en Occidente. El entusiasmo de los guerreros se despertó, y un gran número de cruzados iban á ponerse en camino para Constantinopla, cuando el 23 de marzo de 1271, el Macabeo del imperio latino exhaló el último suspiro en medio de su gloria!



Chatillon (Reinaldo de). La ciudad de Edessa acababa de caer en manos de los infieles. Los habitantes de Jerusalem derramaron lágrimas de desesperacion al saber tan funesta noticia, y el obispo de Gabala en Siria, acompañado de muchos sacerdotes y caballeros, vino á Viterbo á implorar la ayuda del Santo Padre, quien conmovido profundamente con la relacion de la embajada cristiana, hizo oír su voz en favor de los cristianos de Oriente, y á sus inspirados acentos los guerreros de todas partes corrieron á las armas.

Luis VII se sentaba en el trono de Francia, y arrastrado por un sentimiento de ciega verganza contra Thibaut de Champagne, habia pasado á sangre y fuego los estados de este gran feudatario. Los habitantes de Vitry fueron inhumanamente degollados; las mugeres, los ancianos y los niños se habian refugiado en una iglesia, creyendo que este sagrado asilo seria respetado del furor del rey; mas no fué así, pues la iglesia pronto ardió en pavesas, pereciendo entre las llamas mil trecientas personas.

San Bernardo en una carta elocuente juzgó debidamente este acto de barbarie, de modo que Luis VII, espantado de su crimen, tomó la resolucion de ir á combatir á los infieles en Oriente.

Entre los caballeros que acompañaron en Asia al ejército del rey de Francia, iba Reinaldo de Chatillon, cuyas aventuras románticas y extraordinaria fortuna están referidas en las crónicas de aquellos tiempos.

Natural de Chatillon-sur-Indre, el jóven Reinaldo se habia alistado en las band-ras de Raimundo de Poitiers, príncipe de Antioquía. Raimundo, habiendo perdido la vida en una batalla, su viuda Constancia fué solicitada para que tomase un esposo que se asociara á su gobierno. Muchos pretendientes se presentaron, ilustres guerreros, señores muy poderosos; mas todos fueron desairados. Constancia habia hecho alto en la belleza y valentía de Reinaldo de Chatillon, y con su casamiento, que llenó de sorpresa á todos los barones cristianos, sentó en el trono de Antioquía un jóven caballero desconocido en Oriente.

Elevado al rango de jefe de un ejército en el que habia venido como simple caballero, Reinaldo armó y equipó algunos buques, con los que asoló la isla de Chipre.

Hecho prisionero por los sarracenos, Chatillon vino á recobrar su libertad al cabo de muchos años de cautiverio. A su vuelta en Antioquía, Constancia habia muerto, y el hijo de Raimundo de Poitiers, como mayor de edad, gobernaba el principado paterno.

Reinaldo marchó á Jerusalem, en donde el recuerdo de sus hazañas y la memoria de sus infortunios le procuraron una acogida distinguida de parte de Balduino III y de los barones. Habiéndose casa lo en segundas nupcias con la viuda de Hoophroi de Thoron, tuvo el señorío de Carac y de algunos castillos situados en los confines de la Palestina y de la Arabia.



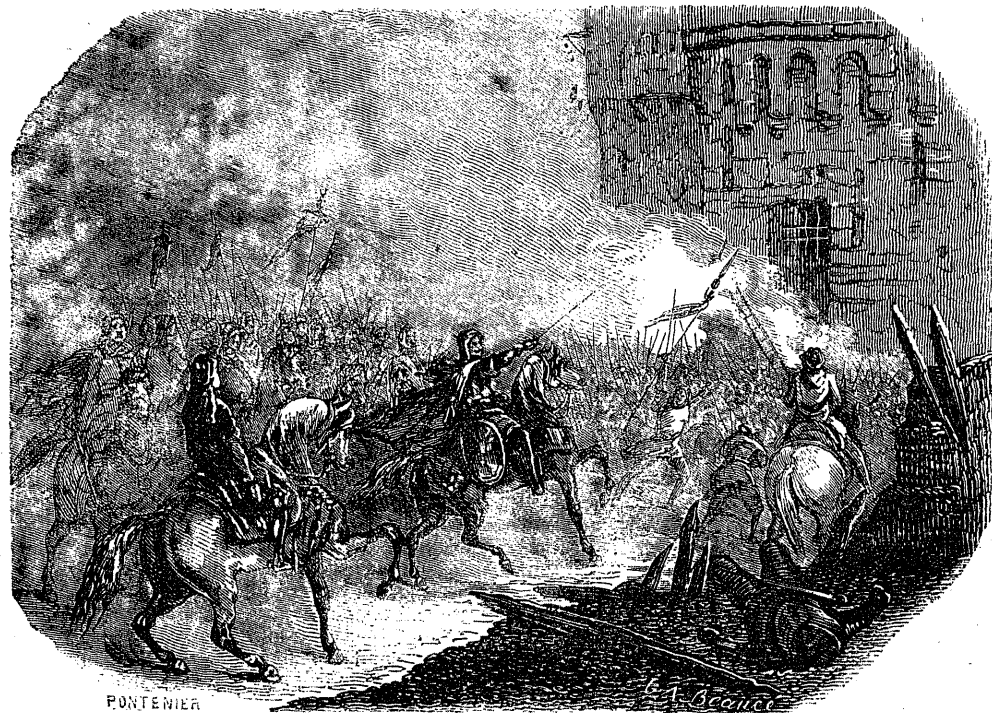
Pedro el Ermitaño predicando la Cruzada.

Reinaldo condujo á las ciudades y fortalezas que le pertenecian un gran número de templarios, que asoció á su fortuna, y á pesar de haberse celebrado una tregua con Saladino, no quiso deponer las armas.

Furioso Saladino con esta perpetua infraccion de los tratados, partió por tercera vez de las orillas del Nilo, para invadir la Palestina, al frente de un numeroso ejército. Mientras tanto, Reinaldo concebía el atrevido proyecto de ir hasta la Meca y Medina á saquear la Kaaba y el sepulcro de Mahoma. Una tropa de bravos se puso en marcha con este objeto á las órdenes del valiente castellano de Carac, y ya no distaban sino diez leguas de Medina, cuando fueron sorprendidos y atacados por un ejército musulmán venido de Egipto. Después de un obstinado y sangriento combate, la victoria se decidió por los sarracenos. Reinaldo de Chatillon escapó como por milagro al alcance que le daban los infieles, y llegó con un escaso número de caballeros á su fortaleza de Carac.

Luego que Saladino supo la expedición de los cristianos, que miraba como un horroroso sacrilegio, juró tomar venganza del ultraje hecho á la religión musulmana. Condujo su ejército ante la fortaleza de Carac, y durante un mes y días, todo el país de los alrededores fué entregado al saqueo y devastación.

Tan terribles represalias no modificaron en lo mas mínimo las ideas de Reinaldo de Chatillon; continuó pues, á pesar de las nuevas treguas, sus escursiones en tierras de los infieles, contestando á las quejas de Saladino con nuevas violaciones de los tratados. El príncipe sarraceno resolvió pues acabar de una vez con los cristianos:



Saladino pone sitio á la fortaleza de Carac.

atravesó el Jordan, se avanzó en la Galilea á la cabeza de ochenta mil caballos. No lejos del lago de Tiberiades se dió una gran batalla: las armas cristianas sucumbieron á la fuerza del número.

El rey de Jerusalem, el gran maestro de los templarios, Reinaldo de Chatillon y todos los mas ilustres guerreros de la Palestina, cayeron en manos de los musulmanes. Saladino hizo construir una tienda en medio de su campo, en la que recibió al rey de Jerusalem, Guy de Lusignan, y los principales jefes del ejército vencido. Trató con bondad al rey de los francos, ó hizo que le sirvieran un refresco de nieve. Y como el rey, así que hubo bebido, pasara la copa á Reinaldo de Chatillon, que estaba á su lado, el sultán le detuvo, diciendo: «Este traidor no ha de beber en mi presencia, pues para él no hay gracia.» Y dirigiéndose á Reinaldo, le echó en cara con acritud su violación de los tratados, y lo amenazó con la muerte si no abrazaba la religión del profeta que tanto habia ultrajado. Reinaldo de Chatillon respondió con noble firmeza, y arrojó las amenazas del sultán, quien hirió con su sable al caballero. Unos soldados musulmanes, á una señal del sarraceno, se arrojaron sobre el prisionero, y la cabeza de un mártir de la cruz rodó á los pies de Guy de Lusignan.

Courtenay (Josselin de). Josselin de Courtenay, vástago de una de las familias mas antiguas y mas ilustres de Francia, tomó la cruz en 1101, y siguió á Estéban de Blois á Palestina. Al advenimiento de Balduino I al trono de Jerusalem, Courtenay, que era pri-

mo del nuevo rey, recibió de él, en feudo, cierto número de ciudades situadas en las orillas del Eufrates. Investido en 1115 con el principado de Tiberiades, Josselin de Courtenay se mostró uno de los defensores mas valientes y mas generosos del reino de Jerusalem.

Apenas Balduino Dubourg, sucesor de Balduino I, se habia sentado en el trono, cuando los musulmanes de la Persia, de la Mesopotamia y de la Siria, á quienes las anteriores derrotas no habian desanimado, juraron exterminar la raza de los cristianos, y marcharon hacia el Oronto á las órdenes de Ilgazi, príncipe de Maridin y de Alepo. Rogerio de Sicilia, que habia sucedido á Tancredo en el gobierno de Antioquia, habia llamado á su socorro al rey de Jerusalem; pero sin aguardar su llegada, tuvo la imprudencia de dar una batalla, cuya pérdida debia poner en peligro todas las colonias cristianas.

La batalla fué dada cerca de Artisa, en un lugar llamado *el Campo de sangre*. Agobiados por el número de enemigos, los cristianos fueron puestos en derrota, y su jefe, por querer de nuevo reunir los soldados contra el enemigo, cayó lleno de heridas.

En tanto que el ejército victorioso de Ilgazi recorria todos los países cristianos de aquellos alrededores, Balac, sobrino y sucesor de Ilgazi, atacaba al conde de Edessa. Semejante, dice el cronista, al león de la Escritura, que sin cesar rueda en busca de una presa para devorarla, Balac logró sorprender á Josselin de Courtenay y á su primo Galeran, que cargados de cadenas, hizo llevar hacia los confines de la Mesopotamia. Esta noticia vino á conocimiento del rey de Jerusalem, é inmediatamente marchó á Edessa. Y arrastrado por su valor,

víctima de su generosidad, cayó en una emboscada. Balac le hizo participar el cautiverio de Josselin de Courtenay en la fortaleza de Kharpont. Las antiguas crónicas celebran á porfía el valor de los cincuenta armenios que se propusieron libertar á los príncipes cristianos. Disfrazados de mercaderes, se introdujeron en la ciudadela de Kharpont, dieron muerte á la guarnición, rompieron los fierros de los ilustres cautivos, y ya salían con los dos príncipes, cuando repentinamente se vieron cercados de turcos. Josselin de Courtenay fué el único que tuvo la fortuna de escaparse; mas hizo juramento de no cortarse la barba hasta tanto que no llevase socorro á sus compañeros para conseguir su libertad. Después de haber pasado el Jordan en dos odres de piel de cabra, el buen caballero, corriendo mil peligros, llega por fin á Jerusalem, y depone en la iglesia del Santo Sepulcro las cadenas que le habian puesto los turcos. A su voz, un gran número de guerreros juran marchar á dar libertad á su soberano. Courtenay se puso á su cabeza. Pero en vez de la fortaleza de Kharpont no encontraron sino ruinas. Balac habia partido con su prisionero, el cual estaba cargado de fierros en Choras. Al mismo tiempo supieron que un ejército egipcio se reunía en las llanuras de Ascalon. Los cruzados marcharon contra estos enemigos, y después de haberlos dispersado, fueron á poner sitio á Tiro, que fué tomada al cabo de seis meses de luchas sangrientas.

Balduino II se aprovechó de esta coyuntura para tratar de su res-

cate: volvió á Jerusalem, y relevó de su voto al heroico Josselin de Courtenay. Este príncipe murió pocos años después. Sitiaba un castillo cerca de Alepo, cuando una torre se desmoronó sobre él: fué trasportado á Edessa moribundo. Aguardando por momentos la muerte, penaba en su lecho: en tan triste estado vinieron á manifestarle que el sultán de Iconium ponía sitio á una de sus plazas fuertes. En seguida Courtenay llamó á su hijo, y le ordenó que fuese á atacar al enemigo. El joven Josselin vacila, y hace presente á su padre que no hay fuerzas suficientes para combatir á los turcos. El viejo guerrero indignado con semejante debilidad, quiso, antes de morir, legar un último ejemplo al heredero de su raza: casi moribundo se hizo llevar en una litera á la cabeza de sus soldados. Al acercarse á la ciudad sitiada, vinieron á decirle que los turcos habian levantado el campo. Courtenay dió orden de parar la litera, y alzando los ojos al cielo, como para dar gracias á Dios de la fuga de los sarracenos, espiró en medio de sus guerreros llenos de dolor y de admiración.



Dandolo. Natural de Venecia y descendiente de una familia que hacia venir su origen de los antiguos romanos, Enrique Dandolo habia llamado desde su juventud la atención de sus conciudadanos. Enviado á la corte de Manuel, emperador de Constantinopla, para reclamar unos súbditos venecianos que este príncipe retenía, faltando á la fé de los tratados, Dandolo fué víctima de su adhesión. Lejos de darle satisfacción el pérfido griego, le presentó unas fuentes llenas de fuego que le privaron instantáneamente de la vista.

Historiadores nacionales afirman que esta desgracia fué el origen de la alta fortuna de este ilustre personaje. Otros aseguran que esta aventura es de pura invención, y que Dandolo perdió la vista á consecuencia de una herida. Como quiera que sea, fué electo dux en 1192, y su primer acto fué sostener una guerra con éxito contra los de Pisa.

En 1201 una circunstancia inesperada vino á hacerle desempeñar un papel brillante, pero de distinta manera.

Los príncipes cristianos se preparaban para la cuarta Cruzada. En una reunión celebrada en Soissons, fué decidido que el ejército cruzado marcharía por mar á Oriente, y que anticipadamente seis diputados serian enviados á Venecia, con el objeto de obtener de la república las embarcaciones necesarias para el transporte de hombres y caballos.

Dandolo, que entonces tocaba los noventa años de su edad, no tenia de viejo sino la experiencia y la habilidad. Todo aquello que podia ser útil á su país despertaba su valor. Jefe de una república de mercaderes, el anciano dux reunía al espíritu de cálculo que distinguía á sus compatriotas, algo de ese sentimiento de honor y de esa generosa fiereza que constituian el carácter dominante de la caballería.

Dandolo alabó vivamente una empresa que le pareció gloriosa, y en la que los intereses de su patria no estaban separados de los de la religión. Los diputados de los príncipes franceses habian pedido navíos de transporte para cuatro mil quinientos caballeros, veinte mil hombres de infantería y provisiones para todo el ejército cristiano durante nueve meses. Dandolo prometió en nombre de la república el suministrar los víveres y las embarcaciones, con la condición de que

los cruzados se obligarian á pagar ochenta y cinco mil marcos de plata á los venecianos. Cincuenta galeras venecianas bien armadas habian de acompañar la expedición, para llamar la atención del enemigo en la mar y combatirlo, en tanto que los franceses combatirían en tierra. En indemnización de este sacrificio, la república tendria la mitad de todo lo que conquistase el ejército cristiano.

Los diputados aceptaron sin vacilar las poco generosas proposiciones del viejo dux, quien las presentó á la sanción del pueblo reunido en asamblea general en la iglesia de San Marcos. Después de celebrada la misa del Espíritu Santo, Ville Hardouin, mariscal de Champagne, se puso de pie, y dirigiéndose al pueblo veneciano, pronunció un discurso, cuya sencillez pintaba la viva la fisonomía de esta época heroica de nuestra historia.

«Los mas altos y los mas poderosos señores y barones de Francia nos han enviado á vosotros para rogaros, en nombre de Dios, que tengais piedad de Jerusalem, que está en servitud de los turcos: ellos os piden merced, y os suplican que les acompañeis para vengar la vergüenza de Jesucristo. Os han elegido, porque saben que gente ninguna que esté en el mar, tiene un poder tan grande como vosotros y vuestro pueblo. Ellos nos han recomendado que nos echemos á vuestros pies, y que no nos alcemos hasta tanto que vosotros hayais otorgado nuestra súplica, y que hayais tenido compasión de la Tierra Santa de allende los mares.»

Los diputados, conmovidos hasta dejar correr las lágrimas, se pusieron de rodillas y tendieron sus manos suplicantes hacia la asamblea del pueblo. La emoción de los caballeros franceses halló eco en los pechos venecianos: diez mil voces gritaron unánimes: *Concedido! concedido!*

Y la multitud que llenaba la plaza de San Marcos, lanzó tan ruidosas exclamaciones, que parecia, dice Ville-Hardouin, que la tierra iba á hundirse y abismarse.

Llegó el momento de la partida, y los cruzados no tuvieron suficiente dinero para completar la suma ofrecida. El astuto Dandolo habia previsto este inconveniente, y como tenia el proyecto de reducir á la obediencia la ciudad de Zara, que habia sacudido el yugo de Venecia, ofreció á los franceses que le ayudasen á conquistar esta plaza, con lo que les daría finiquito por la suma que no podrian pagarle.

Esta proposición fué acogida favorablemente por la mayor parte de los cruzados, que deseaban en el alma cumplir religiosamente con sus compromisos, y principalmente cuando podian salir airoso del paso, prodigando su sangre. Mas otros, que no veian el negocio del mismo modo, recordaron que habian hecho juramento de no combatir sino á los infieles, y que les era imposible volver las armas contra cristianos.

Para vencer tan nobles escrúpulos, Dandolo resolvió asociarse á los peligros de la cruzada. Con este motivo, el pueblo fué convocado solemnemente en la iglesia de San Marcos, y el anciano dux subió al púlpito, dice Ville-Hardouin, y pidió al pueblo veneciano el permiso de entrar en la cruzada.

«Los años me agobian, les dijo, y el tiempo del descanso parecia que ya habia para mí llegado. Mas la gloria que se nos promete, me vuelve el valor y la fuerza para arrostrar cualesquiera peligros, para soportar las duras fatigas de la guerra. Si me permitis pues que combata por Jesucristo, y que mi hijo me reemplace en el empleo que me habeis confiado, iré á vivir ó á morir con los peregrinos.»

El auditorio se enterneció al escuchar estas palabras: el pueblo aplaudió la resolución del dux, quien bajando de la tribuna, se dirigió al altar é hizo que pusieran la cruz en su gorro ducal.

Los barones y los caballeros se preparaban á embarcarse para Zara, cuando se vió llegar, dice Ville-Hardouin, una gran maravilla, una inesperada aventura, y la mas estraña de que se haya oido hablar jamás.

Isaac, emperador de Constantinopla, habia sido destronado por su hermano Alejo. Abandonado de todos sus amigos, privado de la vista, el infeliz príncipe gemía entre cadenas. El hijo del infortunado prisionero, que tambien se llamaba Alejo, habiendo conseguido escaparse de la prision en que su padre estaba encerrado, habia venido á implorar en Occidente el apoyo de los príncipes cristianos. Le aconsejaron que se dirigiese á los cruzados, que era lo mas escogido de los guerreros de Occidente. Dandolo, que no habia echado en olvido los malos tratamientos que le habian hecho sufrir los griegos, no perdería la ocasión de tomar venganza. La llegada del joven Alejo á Zara arrastró en efecto todas las voluntades. Después de una larga deliberación, los jefes del ejército cristiano decidieron que las fuerzas con que contaban, se embarcarían en la primavera para ir á reponer en el trono de Constantinopla al joven Alejo.

En el día preñado, los venecianos y los franceses se hicieron á la vela para Corfu. Al cabo de algunas semanas de permanencia en esta isla, la flota navegó á toda vela hacia el Bósforo, y muy pronto los maravillados ojos de los cruzados divisaron la ciudad de Constantino. Se la sitió por todas partes, y después de muchos asaltos, en los que el anciano y ciego dux hizo prodigios de heroísmo, la plaza cayó en manos de los cruzados, quienes repusieron en el trono al emperador

Isaac. El heredero del monarca había ofrecido pagar á los latinos, por gasto de guerra, una suma considerable; mas cada día pedía nuevos plazos para el pago de la cantidad. Por último, los griegos, cansados con lo que ellos llamaban avaricia de los latinos, lanzaron contra la flota cristiana diez y siete navios llenos del fuego griego, la que se salvó de una completa destruccion, gracias á la habilidad de los marineros venecianos.

En tanto Alejo fué estrangulado por sus súbditos, quienes proclamaron á Muzuphle, instigador de este asesinato, por emperador de Constantinopla. Entonces Dandolo, cuya energía crecía siempre con la grandeza del peligro, insinuó en pleno consejo de cruzados, un proyecto que por su audacia asombró á los mas jóvenes y mas atrevidos caballeros. Era nada menos que apoderarse del viejo imperio griego.

Cuando el primer sitio de Constantinopla, los franceses habían querido atacar la ciudad por tierra; mas esta vez cedieron á los prudentes consejos de Dandolo, y resolvieron unánimemente dirigir sus asaltos del lado de la mar. Se trasportaron en los buques las armas, víveres, equipajes, y todo el ejército se embarcó el 8 de abril de 1204.

A la primera señal del combate, los griegos hicieron funcionar todas sus máquinas, y los cruzados tuvieron que retroceder; mas no perdieron ánimo, y tentaron un nuevo asalto pocos dias después. Dandolo, á bordo de una galera, estaba siempre á la cabeza de los combatientes, y con su ejemplo animaba á los cruzados. La ciudad fué tomada después de una encarnizada lucha. Dandolo, creado déspota de Romania, obtuvo por la parte de la república veneciana, la mitad de Constantinopla, las islas del Archipiélago y muchos puertos en las costas del Helesponto, de la Morea y de la Frigia.

Un año después del establecimiento del nuevo imperio latino, murió Dandolo lleno de dias y de gloria (1205).



Joinville. Juan, señor de Joinville, senescal de Champagne, había estado en su juventud al servicio del conde de Thibaut, quien fué el primer trovador francés del siglo XIII. En la corte, pues, de este príncipe aprendió el señor de Joinville esa bella manera de decir que contribuía, no menos que las proezas de guerra, á realzar el mérito de un buen caballero.

La Cruzada de 1249 proporcionó al señor de Joinville la amistad del Santo Rey Luis IX, cuya historia mas tarde escribió, á ruegos de la Reina Juana de Navarra, con el fin de que la relación de su gloriosa y santa vida sirviese de ejemplo y modelo al joven Luis, biznieto del monarca.

Antes de decir la parte que el Senescal de Champagne tomó en la Cruzada, se nos permitirá caracterizar en pocas palabras á este delicioso cronista.

El habla del señor de Joinville tiene ya un aire y un giro enteramente francés. Su predecesor Ville-Hardouin, historiador de la tercera Cruzada, se había consagrado especialmente á la narración de los hechos militares; jamás introduce al lector en la vida íntima de sus personajes. Joinville, al contrario, es un verdadero pintor de las interioridades, y como que se complace, cuando refiere la historia de su glorioso soberano, en dar á conocer á sus lectores la vida privada del monarca, cuyo aprecio supo merecer.

—Senescal, qué cosa es Dios?

—Señor, es una cosa tan buena, que mejor no puede ser.

Respuesta de una sencillez verdaderamente sublime, y que pinta á lo vivo la personalidad del buen caballero.

Otra vez Luis IX, habiendo preguntado á Joinville qué preferiría, entre tener la lepra ó cometer un pecado mortal: el Senescal, que jamás dijo mentira á su rey y señor, le respondió con la misma franqueza, que prefería mejor cometer treinta pecados mortales que sufrir la lepra. El santo rey le dirigió una afectuosa reprimenda recordándole que el pecado es una hedionda lepra del alma; y en seguida, dándole golpecitos en la espalda, le preguntó si tenía costumbre de lavar los pies á los pobres el Jueves Santo.

—Señor, contestó Joinville, seguramente no seré yo quien lave los pies de esos villanos.

—Decís mal, á la verdad, replicó el rey; pues no habeis de desearnos en hacer lo que Dios hizo para nuestra enseñanza.

El libro del señor de Joinville abunda en rasgos semejantes.

Entre tanto, á consecuencia de una enfermedad que puso al rey á las puertas de la muerte, este hizo voto de ir á combatir á los infieles en la Tierra Santa: y luego que comenzó á reponerse y á tomar fuerzas, reiteró su juramento y pidió de nuevo la cruz de ultramar.

En vano Blanca de Castilla, el obispo de París, y los principales de la familia real buscaron todos los medios posibles para que abandonase su designio; ruegos y súplicas fueron inútiles. Jerusalem entregada al saqueo, el sepulcro de Jesucristo profanado, eran ideas que continuamente estaban presentes en el espíritu del rey.

En medio de las angustias de su enfermedad, había creído oír una voz que venía del Oriente y que le dirigía estas palabras: «Rey de Francia, mira los ultrajes hechos á la ciudad de Jesucristo; á tí el cielo ha escogido para vengarlos!» Firme en su resolución, Luis IX recibió la cruz de manos de Pedro de Auvergne, y tomó sus disposiciones para pasar la mar.

El señor de Joinville espresa de una manera muy viva el dolor de la reina, madre del rey, diciendo que, cuando Blanca de Castilla vió á su hijo cruzado, se quedó pasmada de pena como si lo hubiese visto muerto.

Joinville, á quien el abate de Chemnion había dado la cruz, empeñó sus tierras, indemnizó á sus vasallos de los daños que él ó sus oficiales habían podido causarles, entró en la vía de Dios por medio de muchas peregrinaciones á las capillas de los santos, y se embarcó con nueve caballeros feudatarios suyos.

Al desembarcar en las playas africanas, el senescal de Champagne mandaba la vanguardia del ejército francés. Con una rodilla en tierra, la punta de los escudos y el asta de las lanzas fijas en el suelo, la tropa del señor de Joinville sostuvo valerosamente la impetuosa carga de los mamelucos. Todas las noches, en el canal de Achmoun, en donde el ejército se consumió en estériles esfuerzos para echar un dique, el buen senescal velaba las gruesas torres de madera que el enemigo sin cesar atacaba con el fuego griego. Amenazado de ser quemado vivo con las torres ó perder su honor abandonando el puesto confiado á su valor, luego que veía el señor de Joinville, según su pintoresco lenguaje, *la cola luminosa de aquel dragon que, subiendo, surcaba las tinieblas, caía en tierra con codos y rodillas en ferviente oración*, mientras su soberano con las manos juntas, exclamaba por su parte: «Buen Señor Dios, sálvame á mí, y á mi gente.»

Arrastrado por el temerario conde de Artois en aquella carga de vanguardia que hizo correr rios de sangre francesa en los llanos de Massoure, Joinville hizo morder el polvo á un caballero sarraceno. Desmontado, pisoteado por los caballos, envuelto en los escombros del pequeño edificio, de donde le sacó el rey, el senescal se marchó, sin orden, á la defensa de un puente, cuya pérdida hubiera puesto al príncipe en sumo peligro.

Entre tanto el ejército cristiano, diezmado por el hierro enemigo, por el hambre y la disenteria, hubo de pensar en la retirada.

Joinville ha pintado admirablemente esta escena de desorden. Aquí, unas galeras que dejan la orilla antes de la llegada del rey: allá una bandada de beduinos, quienes á la claridad de las hachas encendidas, degüellan sin piedad á los infelices enfermos que aguardan en la playa la venida de las embarcaciones. Aquella que conducía al senescal de Champagne, echó el ancla en medio de esos peligros. Al momento una galera del soldan aborda el buque del caballero, quien debió la vida á los esfuerzos de un renegado alemán, que con su cuerpo lo escudó, gritando que Joinville era el primo del rey de Francia.

Cuando los mamelucos insurreccionados hubieron dogallado á su soberano, estuvo eu poco que Joinville fuese por la segunda vez asediado por los infieles. Una veintena de sarracenos, armados con hachas, se arrojaron contra la galera del senescal: este se puso de rodillas, y tendiendo el cuello delante de un joven sarraceno, que tenía en las manos una hacha de carpintero, le dijo con la resignación de un verdadero caballero cristiano: «Así murió Santa Agata!»

Mas la codicia hizo callar la sed de sangre en el corazón de los sarracenos; la libertad del caballero y de sus gentes fué concedida mediante treinta mil libras.

Durante la permanencia del rey en Siria, Joinville, á la cabeza de cincuenta lanzas, formó parte de la casa militar del rey, y en el sitio de Cesárea dió nuevas pruebas de su brillante valor. Habiendo muerto la reina Blanca, San Luis se decidió volver á Francia, y en el mismo buque que venía el rey se embarcó Joinville; al cabo de dos meses de navegación tomaron tierra en el puerto de Hyér-s, en la Provenza. Indecible fué la alegría del buen senescal al volver á ver las torrecillas de su castillo de Joinville, del que á su partida, en términos muy tiernos, había dicho: *Yo no quise volver á dirigir una mirada mas á Joinville, porque el corazón se me enternecía al considerar el bello castillo que dejaba y mis dos hijos.*

Joinville rehusó el tomar parte en la segunda Cruzada de San Luis, el año 1267. «Quería, son sus palabras, cicatrizar las llagas hechas en su ausencia, é indemnizar á sus vasallos de todo el mal que se les había ocasionado durante la peregrinación de su señor.»



Luis IX (San Luis), rey de Francia. En la última mitad del año de 1244, nuevas calamidades, mucho mas terribles que las de los siglos anteriores, lastimaban una tras otra á los cristianos de Palestina. El Occidente había oído los gemidos de los fieles de la Tierra Santa; mas ya habían pasado aquellos tiempos en los que la relación de sus sufrimientos, corriendo de castillo en castillo, ponía las armas en las manos de los príncipes, altos barones, y de sus vasallos. Las Cruzadas se presentaban á su imaginación preñadas de peligros, con la triste perspectiva de inevitables reveses; de suerte que el pensamiento de arrancar á los infieles la ciudad de Dios, el Santo Sepulcro del Redentor, despertaba en los ánimos grande alarma, y el entusiasmo se entibiaba.

Tal era, aun en Francia, el estado casi general de los ánimos, cuando Luis IX enfermó de mucho peligro, y daba tan pocos indicios de vida, dice Joinville, que una de las señoras que le asistía en su enfermedad, creyéndolo espirante, trató de cubrirle el rostro con un sudario, diciendo que estaba muerto. La corte, la capital, las provincias, estaban sumidas en el mas profundo dolor. Todas las poblaciones hacían votos por la salud de su excelente soberano. De repente corre el rumor que Luis IX había vuelto en sí, y que las primeras palabras que pronunció al volver de su letargo, fueron para pedir la cruz y para anunciar su resolución de ir á la Tierra Santa.

Y en efecto, no obstante los ruegos y las súplicas de su madre la reina Blanca de Castilla, y de todos sus consejeros, el piadoso monarca, restablecido apenas de su enfermedad, hizo publicar en todo su reino que iba á combatir en tierra de infieles por la libertad del Santo Sepulcro.

Con el fin de dar mas solemnidad á la publicación de la Cruzada, Luis IX convocó en París un parlamento compuesto de los prelados y grandes del reino. San Luis trajo á la memoria de sus barones y caballeros, el ejemplo de Luis el Joven y de Felipe Augusto; exhortó en nombre de la religión y del honor á todos los barones que le escuchaban, á que tomasen las armas en defensa de la fé de Jesucristo y de la gloria del nombre francés en Oriente. Este llamamiento caballeresco excitó un general entusiasmo. Tres príncipes de la sangre, los condes de Artois y de Poitiers, el duque de Anjou, hermanos del rey, fueron de los primeros que tomaron la cruz. Los mas grandes feudatarios del reino siguieron este ejemplo. El duque de Bourgogne, los

condes de Soissons, de Blois, de Rhetel, etc., Pedro de Dreux, duque de Bretagne, juraron también alistarse en la Cruzada.

Luis IX se ocupaba sin levantar mano de los preparativos de su partida. Compró el territorio de Aigues-Mortes, en Provenza, cuyo puerto embarazado de arena hizo limpiar, y ordenó se edificase en sus riberas una ciudad bastante capaz para dar hospedaje á la multitud de peregrinos.

El rumor de estos preparativos llevó el terror al corazón de los príncipes musulmanes de la Palestina, y los cronistas contemporáneos aseguran que en los consejos del Viejo de la montaña, se decretó la muerte del rey de Francia.

Entre tanto habían transcurrido ya tres años desde que Luis IX



San Luis.

había tomado la cruz. Convocó en París un nuevo parlamento, y fijó la partida de la santa expedición para el mes de junio de 1248. El monarca aprovechó la ocasión en que los grandes del reino estaban reunidos en nombre de la religión, para hacerles que prestasen juramento de fidelidad y pleito-homenaje á sus hijos, y para que jurasen, son palabras de Joinville, *que guardarian lealtad á su familia en caso de que acaeciese alguna desgracia á su persona en el santo viaje de ultramar* (1).

Los jefes de la cruzada arrastraron tras ellos á casi toda la juventud apta para el manejo de las armas: muchos castillos y fortalezas quedaron como abandonados, dicen las crónicas de aquellos tiempos, y muy pronto fueron un monton de ruinas. Tierno espectáculo ciertamente era el ver las familias de los sencillos paisanos y de los obreros de las ciudades, cómo por sí mismos llevaban sus hijos á los caballeros y barones.

Vosotros sereis su padre y su madre, decían llorando esas buenas gentes, vosotros velareis por ellos en medio de los peligros de la guerra, en tierra y en la mar. Y los barones, conmovidos hasta derramar lágrimas, entregaban de antemano á la cólera del Eterno á cualquiera que faltase á tan sagrada promesa.

El rey se embarcó en Aigues-Mortes el día 25 de agosto de 1248, acompañado de sus dos hermanos y de su muger la reina Margarita, que temía tanto quedarse al lado de Blanca de Castilla, como vivir lejos de su esposo. Cuando todo el ejército cruzado se hubo embarca-

(1) «Que loyauté ils porteroient á sa famille, si aucune malle chose avenoit de sa personne au saint veage d'outre-mer.»

do, se dió la señal de partida: los marineros, según la costumbre de entonces, entonaron á coro el *Veni Creator*, y la flota se dió á la vela en medio de los aplausos de la inmensa multitud que poblaba la orilla.

La fama había anunciado en todo el Oriente la llegada de los franceses, y esta noticia produjo la sensación mas profunda en el ánimo de los infieles, pues los orientales tenían á los franceses por los mas bravos guerreros de Europa, y miraban al rey de Francia como al mas temible de los monarcas de Occidente. Por lo que los musulmanes procuraron fortificar las costas de Egipto y Damietta, que habían de ser los puntos de las primeras hostilidades.

Entre tanto la flota francesa había abordado á la isla de Chipre, y de aquí había dirigido su rumbo hacia Damietta. Al cuarto día, el piloto de la real, exclamó: «*Gloria in excelsis!* Dios sea en nuestra ayuda! Ahí está Damietta!»

Al punto estas palabras se repiten de navío en navío. Toda la flota rodea al navío real: los jefes principales se traspordan á él, y San Luis, con el rostro radiante de entusiasmo, les dirige la palabra en estos términos:

«Caballeros, guardaos creer que la salvación de la Iglesia y del estado reside en mí persona: vosotros mismos sois el estado y la Iglesia, y no debéis ver en mí sino un hombre ordinario, un hombre cuya vida puede disiparse como el humo, cuando así lo disponga el Dios por el cual combatimos. Dejadme pues arrostrar los peligros, y pelear en primera fila como soldado de la cruz!»

Este discurso, en el cual el rey cristianísimo se igualaba con los simples guerreros de su ejército, produjo gran entusiasmo. En cada nave los guerreros se abrazaban gozosos con la proximidad del combate.

En tanto la flota cristiana se avanza en orden de batalla, y va á echar el ancla á un cuarto de legua de la costa. Todo el mar, dice Joinville, estaba cubierto de naves, en cuyos mástiles ondeaba el estandarte de la cruz. La escuadra musulmana, cargada de soldados y de máquinas de guerras, defendía la entrada del Nilo. Fakreddin, jefe de las fuerzas enemigas, aparecía en medio de sus guerreros, con un aparato deslumbrador. «El soldán, dice Joinville, llevaba armas de finísimo oro, tan relucientes, que cuando el sol las hería, talmente parecía que él mismo era el sol. El tumulto que hacían con sus cuernos y atabales, era espantoso y muy extraño á los franceses.»

Al efectuar la bajada del río, los guerreros cristianos pasaron á las barcas que seguían la flota, y se formaron dos líneas. Luis IX se colocó en el extremo derecho, acompañado de los dos príncipes, hermanos suyos, y de los mas principales barones.

El conde de Jaffa estaba en el extremo izquierdo, hacia la embocadura del Nilo.

Erardo de Brienne y Balduino de Reims ocupaban el centro de la línea, y á sus órdenes combatía el señor de Joinville.

Luego que estuvieron al alcance de los proyectiles, una nube de piedras y de flechas partió al mismo tiempo de la ribera y de la línea de los cruzados. El rey ordenó entonces que se redoblasen los esfuerzos. Armado de punta en blanco, con el escudo al pecho y la espada en la mano, el príncipe se lanza en medio de las aguas, y arrastra con su ejemplo á todo el ejército cristiano, que se arroja al mar con el grito de *Montjoie-Saint Denis!*

Joinville y Balduino de Reims fueron los primeros que tomaron tierra. Formaban en batalla con sus caballeros, cuando la caballería sarracena se precipitó sobre ellos con la violencia del huracán. Los cruzados sostuvieron animosamente este violento choque. La orillama había sido enarbolada en la ribera; los franceses, animados con la presencia del rey y con su ejemplo, quedaron dueños del campo: Damietta fué tomada sin riesgo ni daño.

Muy conveniente hubiera sido continuar, despues de esta victoria, la obra comenzada. Mas Luis IX quiso aguardar la llegada de su hermano, el conde de Poitiers, para proseguir en sus conquistas, quien había debido embarcarse con el resto de los guerreros del reino de Francia. Este retardo, al decir de los cronistas contemporáneos, fué causa de todos los desastres que sobrevinieron en lo sucesivo.

El conde vino á desembarcar enfrente de Damietta á fines del mes de octubre de 1249. Su llegada reanimó las esperanzas de los cruzados. Muchos jefes propusieron ir á poner sitio á Alejandría. Mas el joven y brillante conde de Artois, habiendo exclamado en el consejo, que cuando se quiere matar la serpiente, era menester primeramente aplastarle la cabeza, prevaleció su dictamen, y se decidió que el ejército marcharía hacia el Cairo, capital de Egipto.

El 19 de diciembre del mismo año, las fuerzas cristianas acamparon delante del canal de Aschmoum-Thenach. Apenas los cruzados habían sentado sus reales y comenzado los trabajos necesarios para el paso de Aschmoum, cuando Fakreddin atacó la armada cristiana.

No se pasaba día en que las torres de madera construidas por los cruzados, no fuesen inundadas con el fuego griego que el enemigo lanzaba en tubos de bronce.

Hacia ya un mes que los cristianos permanecían delante de Aschmoum, haciendo esfuerzos inútiles: en esto un árabe-beduino vino á proponer al señor de Beaujeu, condestable de Francia, que le enseñara

un vado, á media legua distante del campo, por donde los cruzados podrían pasar sin obstáculo ni riesgo.

Cuando estuvieron seguros de que el árabe decía verdad, el rey y los príncipes sus hermanos, con toda la caballería se pusieron en marcha durante la noche. Al despuntar el día, todos los escuadrones que debían vadear el canal, aguardaban la señal sobre la orilla.

El conde de Artois quiso ser el primero que pasara. San Luis, que conocía el impetuoso valor de su joven hermano, procuró retenerlo, mas Roberto insistió vivamente, y juró por todos los santos que no emprendería nada hasta que el rey no hubiera pasado. El rey tuvo la imprudencia de dar oídos á esta promesa, hecha por un joven caballero francés, de resistir á la embriaguez del campo de batalla y á la tentación de la gloria. El conde de Artois se puso pues á la cabeza de los hospitalarios, de los templarios, y de una porción de caballeros ingleses mandados por el conde de Salisbury. Trescientos sarracenos que se empeñan en defender el camino, son enteramente destruidos. Conveniente era contentarse con este triunfo; mas la furia francesa se había apoderado de Roberto de Artois. Lánzase pues en la llanura con la espada en la mano, y persigue á los sarracenos hasta su mismo campo, donde penetra con ellos.

Fakreddin, jefe del ejército infiel, estaba en el baño: casi desnudo, monta á caballo, reúne sus tropas, y las lleva al combate. Mas el valor francés hace prodigios; los musulmanes, llenos de espanto y terror, huyen dispersados en el mayor desorden hacia Mansourah.

El gran maestre de los templarios se esfuerza entonces en contener al conde de Artois, quien contesta con poco comedimiento á los consejos de la experiencia, hasta el punto de acusar de traición á los templarios.

El conde de Salisbury, que á su vez procura hacer comprender al hermano del rey el peligro que había en fraccionar el ejército cristiano, tampoco fué atendido. «*Los tímidos consejos*, exclamó Roberto de Artois, *no se hicieron para nosotros!* Estas palabras sellaron los labios á toda representación. Ingleses, franceses, templarios, hospitalarios, todos se lanzan en persecución del enemigo; todos vuelan hacia Mansourah, donde penetran sin resistencia alguna.

Mas muy pronto los musulmanes echan de ver lo escaso que era el número de sus enemigos. Unos mamelucos, *leones de los combates*, dice el historiador árabe, se precipitan sobre los francos, como una furiosa tempestad; y los cruzados, que acababan de poner en fuga un ejército, son encerrados en una ciudad, de la que momentos antes eran dueños.

Este primer contratiempo puso en desorden el grueso del ejército cristiano, que acababa de pasar el canal. El llano de Mansourah (la Massoura) fué el teatro de una porción de pequeños combates, sin importancia alguna. En tanto los caballeros musulmanes venían de todas partes. La confusión comenzaba á apoderarse de la tropa que había volado al socorro del conde de Artois, cuando de repente el ruido de las trompetas y de los clarines anunció la llegada del rey de Francia. «Allí, donde yo me encontraba con mis caballeros, dice Joinville, que había sido herido, vino el rey con toda su gente con gran alboroto y ruido de trompetas, y se detuvo en un camino elevado; pero nunca vi un hombre armado, de figura mas bella, pues sobresalía sobre toda su gente, con un casco de oro en la cabeza y una espada alemana en su mano.

Al ver los caballeros, que seguían al rey, la lucha de sus compañeros con los sarracenos, corren á su socorro, sin orden ni concierto, de donde resultó la mas terrible confusión. En el mismo momento corre la voz que Bibars, nuevo jefe del ejército enemigo, se dirige del lado del canal para dar una batalla decisiva.

Luis IX da orden de que las tropas se replieguen, á fin de que no sean cercadas. Y ya el orillama, desplegado á la cabeza de los batallones, les indicaba la ruta que habían de seguir, cuando un espreso del conde de Poitiers viene á anunciar al rey, que la vida del príncipe peligraba, si no se dan prisa á socorrerle. Luis se detiene un momento para enviar refuerzos á los Potevinos, mientras por otro lado algunos caballeros se dirigen hacia Mansourah para favorecer al conde de Artois.

En esto un terror pánico se apodera del ejército cristiano: corre el rumor de que el rey acaba de dar órdenes para la retirada. Muchos escuadrones vuelven bridas y huyen hacia el canal. En este momento supremo, San Luis dió pruebas de una sangre fría y de un valor incomparables. Casi solo en la pelea, se ve rodeado de seis caballeros sarracenos. El príncipe les hace frente, los pone en fuga, y consigue á fuerza de heroísmo reanimar el ardor de sus turbadas tropas.

Entre tanto los caballeros encerrados en Mansourah, sucumbieron casi todos de una vez al rigor musulmán.

Salisbury fué muerto á la cabeza de sus valientes ingleses; el señor de Concy, despues de prodigios de valor, espiró junto á un montón de cadáveres. El conde de Artois, atrincherado en una casa, con un corto número de caballeros, sucumbió el último en medio de la espantosa carnicería y de las ruinas.

Cuando los mamelucos dieron con el cuerpo de este príncipe, enseñaron su coraza sembrada de flores de lis, diciendo que pertenecía

al rey de Francia; con lo que se exaltó fanáticamente el entusiasmo de los infieles. Ellos vinieron á presentar la batalla á los cristianos el primer viernes de cuaresma de 1250. La lucha fué atroz: los cruzados, á quienes alcanzaba el fuego griego, que les era imposible apagar, corrían de una parte á otra lanzando espantosos ayes. El rey combatía con su heroísmo de costumbre, en medio de las llamas, y consiguió por fin que los sarracenos dejaran el campo de batalla.

Un azote, mucho mas temible que la guerra en tierra de infieles, vino á llenar de espanto al ejército: se declaró en el campo de los cristianos una enfermedad contagiosa.

Esta calamidad no fué parte á desanimar al rey de los franceses, antes bien puso de manifiesto las inclitas prendas que le eran naturales: sin temor al contagio, arrostrando sus peligros, San Luis reanimaba á los mas débiles con su ejemplo y con sus palabras. En vano sus servidores le suplicaban con todo el encarecimiento que inspira la adhesión, de que cuidase su vida tan preciosa para el ejército. «Mi deber, les respondía, es morir aquí, si así fuere preciso, con aquellos cuyas vidas me ha confiado Dios.»

El ejército, no pudiendo ya aprestarse para los combates, tuvo que decidirse por la retirada. Luis hizo embarcar en el Nilo los en-

millones, seiscientos mil reales de vellón) por el rescate de su ejército.

El tratado fué concluido; mas en los momentos mismos de irlo á poner en ejecución, el sultan de Egipto fué asesinado en su propia tienda por los mamelucos.

Despues de esta escena sangrienta, treinta oficiales sarracenos con la espada en la mano, y llevando pendientes del cuello hachas de armas, se precipitaron en la galera donde estaban el duque de Bretaña, el conde de Monfort y el señor de Joinville, á quienes hicieron creer que su última hora había llegado. En tanto el rey, encerrado en su tienda, estaba poseído de viva ansiedad: p reciale que oía los ayes de sus caballeros que asesinaban. De repente, el jefe de los mamelucos, Octai, se presenta delante de Luis IX, y llevando en la mano su espada cubierta de sangre:

—Rey, le dice, el sultan Almoadan está muerto: ¿qué me darás tú por haberte libertado de semejante enemigo?

Pero San Luis, refiere Joinville, *no le respondió nada*. Entonces el mameluco, presentando al rey de Francia la punta de la espada:

—¿Ignoras acaso que soy dueño de tu persona? ¡Hazme caballero, ó de no mueres!



Hazme caballero, ó eres muerto.—Hazte tú cristiano y yo te haré caballero.

fermos y los heridos, y á pesar de estar él mismo atacado del contagio, no quiso partir sino con la retaguardia.

El rey llegó casi moribundo á Minich, y sufrió la misma suerte de los demás cruzados: fué hecho prisionero, y los sarracenos lo condujeron, cargado de cadenas, á Mansourah.

Todo cuanto de mas amargo hay en la miseria y en el infortunio para los grandes de la tierra, en esta ocasión sirvió para hacer brillar en Luis IX el carácter de un gran rey y las virtudes de un caballero cristiano. Privado de todo socorro en su enfermedad, jamás sus labios se desplegaron para dirigir una súplica á sus vencedores, y su noble fiereza nunca se humilló á emplear el lenguaje de la sumisión.

¡Los mismos musulmanes se sentían llenos de respeto y admiración en presencia de tan heroica resignación!

Cuando el sultan del Cairo ofreció al príncipe volverle la libertad mediante la suma de ocho mil bezantes de oro, le contestó que un rey de Francia no se rescataba con dinero, que él daría la ciudad de Damietta por su persona, y los ocho mil bezantes de oro (veinte y seis

—Hazte cristiano, replicó el monarca, y yo te haré caballero!

Respuesta sublime que apaciguó el furor del infiel, y aumentó el respeto que San Luis inspiraba á los sarracenos, quienes le proclamaban el mas fiero cristiano que se vió jamás en Oriente.

En fin, el rey fué libre, y al cabo de tres años de permanencia en Palestina, regresó á sus Estados, donde se hacía indispensable su presencia á consecuencia de la muerte de su madre, acaecida el 10 de julio de 1254.

Catorce años mas tarde, Luis IX hacia voto por la segunda vez de ir á combatir los infieles. Así que los preparativos de la Cruzada se hubieron terminado, el rey se embarcó en Aigues-Mortes con sus tres hijos, y sesenta mil combatientes. Carlos de Anjou, rey de Nápoles, que había de reunir sus fuerzas con las de San Luis, había influido para que se diese principio atacando al reino de Tunez.

El rey de Francia, en una carta dirigida á Mateo, abad de San Dionisio, refiere él mismo en estos términos los primeros acontecimientos de la Cruzada en las playas africanas:

«Hemos llegado á la vista de Tunez el jueves anterior á la festividad de Santa María Magdalena: el viernes tomamos tierra sin ningun obstáculo; despues de haber hecho desembarcar nuestros caballos, nos hemos avanzado hasta la antigua ciudad, que se llama Cartago, en donde hemos fijado nuestros reales. Tenemos con nos á nuestro hermano Alfonso, conde de Poitiers y de Tolosa. Nuestros hijos Felipe, Juan y Pedro, nuestro sobrino Roberto, conde de Artois, y nuestros demás barones... gozamos todos, gracias á Dios, de perfecta salud. Os anunciamos que despues de haber tomado las medidas convenientes, nos hemos apoderado por asalto, con el favor divino, de la ciudad de Cartago, en donde gran número de sarracenos han sido pasados á cuchillo.»

En su primera expedicion á Africa en 1248, San Luis habia hecho que la Cruzada no tuviera buen resultado por estar á la defensiva hasta la llegada de su hermano el conde de Poitiers. Igual falta cometió en 1270, negándose á romper las hostilidades, hasta tanto que no viniese Carlos de Anjou, rey de Sicilia. Esta fatal resolucioe produjo la pérdida del ejército. Acampado este en las ardientes llanuras de Africa, sin agua, sin otro alimento que carne salada, la disenteria vino á diezmarlo, y en seguida se apareció el terrible azote de la peste.

San Luis cayó enfermo: la enfermedad hizo tan rápidos progresos que muy pronto se perdió toda esperanza de vida. En medio de sus sufrimientos, Luis IX solamente se cuidaba de los riesgos que amenazaban á su ejército: «Oh Dios mio! exclamaba, apiadado de este buen pueblo que me ha seguido á estas playas; ¡no permitais que caiga en manos de vuestros enemigos, y que jamás se vea en el terrible trance de renegar tu santo nombre!»

Luego que el rey conoció que se acercaba su último momento, se hizo poner en una cama de ceniza, y con los brazos cruzados en el pecho, y alzados los ojos al cielo, espiró el día 25 de agosto de 1270, pronunciando estas palabras:

«Señor, yo entraré en tu casa, y te adoraré en tu santo tabernáculo!»

Este mismo día desembarcó Carlos de Anjou con su ejército, no lejos de Cartago. Las trompetas ó instrumentos guerreros resonaron en las playas; mas del campo de las Cruzadas, ningun sonido les contestó. Un silencio de muerte reinaba en las tropas del rey, y ningun soldado salió al encuentro de los sicilianos, esperados con tanta impaciencia. Presa de tristes presentimientos, Carlos de Anjou se adelantó á su gente, corre, vuela á la tienda del rey, al cual encuentra estendido en su fúnebre cama, rodeado de sus consternados servidores!

La vida de San Luis, ya lo hemos dicho, ha sido escrita por su amigo y fiel compañero el senescal de Champagne.

La sublimidad de esta vida ha excitado en el mundo una admiracion tan profunda, que el mismo Voltaire dice:

«Luis IX parecia un príncipe destinado á reformar la Europa, si esto hubiera podido suceder en aquellos tiempos. Él hizo á la Francia triunfante y civilizada, y fué en todo el modelo de los humanos. Su piedad, que era la de un anacoreta, no le privó de las virtudes reales; y su liberalidad en nada perjudicó á su prudente economía: supo poner de acuerdo la política con la justicia, y acaso sea el único soberano que merezca este elogio. Prudente y firme en el consejo, intrépido en los combates sin ser arrebatado, compasivo como si siempre hubiese sido desgraciado, á ningun hombre fué dado llevar mas lejos la virtud.»



Malek-el-Adel (Malek-Adel). Malek-Adel, sultan de Egipto y de Damasco, de la dinastía de los Ayubides, era el segundo hermano

del célebre Saladino, cuya ambicion y cuyos talentos tenia. Gobernador del Egipto en nombre de su hermano, equipó una flota que detuvo las correrías de Reinaldo de Chatillon en el mar Rojo, y levantó un ejército que venció en Arabia al atrevido cruzado, estorbándole que se apoderase de Medina y de la Meca.

Cuando Jerusalem hubo abierto sus puertas á Saladino en 1187, Malek-Adel se enterneció á la vista de las infelices familias cristianas, que la suerte de la guerra obligaba á salir de la santa ciudad ochenta años despues de su conquista por Godofredo de Bouillon. Refieren los historiadores árabes, que con su propio peculio rescató mas de dos mil cristianos cautivos. No obstante este rasgo de piedad, el príncipe mahometano continuó haciendo siempre una guerra encarnizada á los adoradores del verdadero Dios. Se cubrió de gloria en Tolemaida, y contribuyó poderosamente á la larga resistencia de aquella ciudad contra las fuerzas combinadas de Felipe Augusto y de Ricardo Corazon de Leon.

Muchas veces se ha comparado el sitio de San Juan de Acre (Tolemaida) con el famoso sitio de Troya: este paralelo no deja de tener verdad. Los guerreros cristianos y los musulmanes se provocaron muy á menudo á combates singulares, al modo de los héroes de Homero, y hasta se vieron mugeres con casco y coraza disputar mas de una vez á los guerreros el premio de la bravura.



Malek-Adel.

Antes y despues de la toma de Tolemaida, Malek-Adel habia recibido órdenes de Saladino para entrar en negociaciones con Ricardo de Inglaterra. Tanto las crónicas árabes como las cristianas refieren casi en los mismos términos, que el monarca inglés y el príncipe árabe concluyeron un tratado en el cual figuraban en primera línea los intereses de Malek-Adel. La viuda de Guillermo de Sicilia fué propuesta al hermano de Saladino: ambos esposos habian de reinar juntos en Jerusalem, ejerciendo su autoridad en musulmanes y cristianos. El historiador Baha-Eddin fué encargado de poner en conocimiento del sultan esta proposicion, que obtuvo su completa aprobacion. Mas el tratado no pudo llevarse á efecto, porque la reina de Sicilia, sostenida y aconsejada del clero, que protestaba contra esta impia alianza, declaró que no consentia en su casamiento con Malek-Adel, á menos que este no abjurase sus falsas creencias.

Los autores árabes pretenden que otra fué la causa que estorbó la

ejecucion del proyecto matrimonial, y uno de ellos añade que *el motivo solamente Dios lo conocia*. Como quiera que sea, Ricardo y Malek, á quien los cronistas cristianos pintan como amigo de los francos, se dieron recíprocas muestras de aprecio y amistad. Los historiadores musulmanes refieren con este motivo, que despues de la toma de Jaffa por Ricardo, el príncipe árabe, lleno de admiracion por el heroismo que aquel desplegó en esta circunstancia, le envió dos magníficos caballos árabes al campo de batalla. Luego mas tarde los cruzados fuéron admitidos á la mesa de Saladino y de Malek-Adel, y á su vez los emires en la de los cristianos.

Era tal el brillo de la caballería á fines de aquel siglo, y tan estimada y honrada aun entre los infieles, que Saladino deseó conocer sus estatutos, y Malek-Adel envió su primogénito al rey de Inglaterra para que el joven príncipe musulman fuese recibido caballero en junta de barones y señores cristianos.

Entre tanto muere Saladino sin haber arreglado el órden de sucesion. Uno de sus hijos, gobernador de Egipto, se proclamó sultan del Cairo; otro se apoderó del principado de Alepo, y el tercero del gobierno de Damasco; en cuanto á Malek-Adel, se limitó este príncipe á hacerse reconocer como soberano de una parte de la Mesopotamia y de algunas ciudades ribereñas del Eufrates. Los príncipes y los emires continuaron respetando la experiencia de Malek-Adel, á quien tomaban por árbitro en sus contiendas. Los guerreros que tantas veces habia guiado á los combates, los pueblos que habia asombrado con sus hazañas, invocaban su nombre en los reveses de la fortuna y en los peligros.

No estaba lejos el día en que el hermano de Saladino habia de reunir bajo un mismo cetro la mayor parte de las provincias conquistadas por el célebre sultan.

Luego que partió el rey de Inglaterra, la ambicion y los celos dividieron las órdenes del Templo y de San Juan. Con estas discordias la suerte de los cristianos en Palestina era de día en día mas precaria. En tal estado estaban las cosas, cuando, sin esperanza de que una nueva Cruzada viniese á socorrerlos, una flota numerosa (1197) desembarcaba en las playas de la Palestina un formidable ejército de guerreros alemanes.

Malek, en quien los musulmanes tenian puestos los ojos cada vez que el islamismo era amenazado, partió de Damasco para Jerusalem, de donde salió muy luego con un numeroso ejército para ir á poner sitio á Jaffa.

Así que en Tolemaida se supo que la ciudad de Jaffa estaba amenazada, Enrique de Champagne, sus barones y sus caballeros corrieron á las armas para defenderla: las tres órdenes del reino se ponian tambien en marcha, cuando el rey de Jerusalem pereció por haber caido de una ventana en la que se apoyaba. Los cristianos lloraban todavía la perdida de su soberano, y á este dolor vino á agregarse la infauista noticia de la toma de Jaffa por los musulmanes, quienes pasaron toda la guarnicion á cuchillo. La Palestina estaba sumida en la mayor afliccion; mas sus esperanzas se reanimaron con la llegada de nuevos cruzados, que acababan de vencer á los moros en las costas de Portugal.

Salieron de Tolemaida y fuéron á poner sitio á Berita, ciudad situada á igual distancia de Jerusalem y de Tripoli, y que por lo cómodo de su puerto, por su comercio y poblacion era la rival de Tiro. Esa plaza habia sido el depósito de los prisioneros que los musulmanes habian hecho á los francos en las últimas guerras. De modo que si los cristianos tenian poderosos motivos para apoderarse de Berita, los infieles tambien los tenian para defenderla.

Al saber Malek-Adel la resolucioe y marcha de los cruzados, atravesó las montañas del Anti-Líbano, y se adelantó á su encuentro. Los dos ejércitos se encontraron en las llanuras que riega el Eleutheres, entre Tiro y Sidon. Se combatió con armas diferentes, mas con igual encarnizamiento. La victoria estuvo indecisa largo tiempo. Muchas veces los caballeros musulmanes penetraron en las filas cristianas; mas el valor y sangre fria de estas triunfaron de todos los ataques. Las orillas del mar, las pendientes de las montañas estaban cubiertas de muertos. Gran número de emires habian caido acribillados de heridas en el campo de batalla; y Malek-Adel, que en esta jornada habia desplegado toda la habilidad de un gran capitán, debió su salvacion á la ligereza de su caballo.

Con esta victoria todas las ciudades de la costa de Siria, que todavía pertenecian á los infieles, cayeron en poder de los cristianos. Laodicea, Gible, Sidon, abrieron sus puertas á los vencedores. Berita ni aun trató de resistir. La conquista de esta plaza puso en manos de los cristianos inmensas riquezas, y procuró la libertad á nueve mil cautivos impacientes de volver á tomar las armas contra el islamismo. Un año despues (1198) Malek-Adel daba á los cristianos otra batalla á cierta distancia de Jaffa. Y aun esta vez fué tambien vencido, despues de haber cumplido con honor y brillo sus obligaciones de general y soldado.

Entre tanto, Andrés, rey de Hungría, acompañado de los duques de Baviera y de Austria, habia llegado á Tolemaida al frente de un ejército numeroso. La nueva Cruzada llenó de espanto á los infieles;

pero Malek-Adel calmó sus alarmas prediciéndoles que esa formidable expedicion acabaria como las tempestades que rugen sobre el Líbano, que por sí mismas se disipan. Siguiendo los consejos del experimentado sultan, los ejércitos de Egipto y de Siria no se presentaron en Judea. El resultado confirmó en efecto la prevision de Malek-Adel. Al cabo de tres meses de permanencia en Palestina, al rey de Hungría, desesperanzado del éxito de la Cruzada, resolvió inmediatamente regresar á sus estados (1217).

A fines del año siguiente, Malek-Adel, *la espada de la religion* (Seif-Edden), como le llamaban los buenos musulmanes, murió en Palestina. Los cronistas cristianos lo pintan como un príncipe ambicioso y cruel; los autores orientales exaltan su piedad, su dulzura y su justicia.

Mas en cuanto á la bravura y habilidad del hermano de Saladino, cristianos y árabes la celebran unánimemente. Con su abdicacion, que tuvo lugar pocos años despues de la batalla de Jaffa, asombró al Oriente, como otras veces lo habia hecho con sus victorias. La sorpresa que produjo no hizo sino añadir nuevos quilates á su gloria y á su poderio. Y para que su fortuna fuese en todo punto extraordinaria, al bajar del trono nada perdió de su ascendiente. Sus quince hijos, de los que la mayor parte eran soberanos, temblaban ante su mirada, y hasta el momento que la losa de la tumba cayó sobre su cadáver, su nombre mantuvo la armonía entre su familia, la paz en las numerosas provincias de su imperio, la disciplina en los ejércitos que tantas veces habia conducido á la victoria.

Monferrato (Conrado de). Conrado, hijo de Guillermo III, marqués de Monferrato, dice le Vieux, llevaba un nombre célebre en Occidente. Desde su mas tierna juventud, se habia distinguido en las guerras de Italia, combatiendo á favor del papa contra el emperador Federico. Ansioso de gloria, el joven capitán quiso tambien combatir á los infieles. Tomó la cruz en 1186, y se dió á la vela, con un cierto número de caballeros, para las costas de Siria. Mas una tempestad lo arrojó en el Bósforo, y el emperador Isaac el Angel lo recibió con sumo regocijo y lo puso á la cabeza de sus tropas para combatir á sus súbditos insurrectos. Conrado dispuso la sedicion, mató en el campo de batalla al jefe de los rebeldes, y recibió en premio de su valor y de sus servicios la mano de la princesa Teodora, hermana del emperador, y el título de César.

Estos honores no fueron parte á entibiar sus deseos de pelear contra los infieles. Despidióse pues de su tierna esposa y de su agra-decido cuñado, y llegó á las costas de Fenicia, días despues de la destruccioe del ejército cristiano en el lago Tiberiades.

Antes de la llegada del príncipe, los habitantes de Tiro, sabedores de la terrible catástrofe, habian nombrado diputados para pedir una capitulacion á Saladino; mas la presencia de Conrado en aquel suelo reanimó los abatidos ánimos. Todo mudó de aspecto. El marqués de Monferrato se hizo dar el mando de la ciudad, agrandó los fosos y reparó las fortificaciones.

Los habitantes de Tiro, acobardados antes por el terror, vuelven en sí, y se hacen invencibles á las órdenes de su valiente jefe, á quien los musulmanes en su estilo figurado, prodigaban epítetos muy característicos, llamándole *el lobo cristiano mas voraz y el perro mas astuto*. Los tirios siempre estaban dispuestos á combatir bajo sus órdenes los ejércitos y flotas musulmanes.

El viejo marqués de Monferrato, padre de Conrado, habia caido prisionero en la batalla de Tiberiades, y estaba aguardando en las prisiones de Damasco que sus hijos tratasen de su rescate. Saladino hizo proponer á Conrado que no solamente le daria la libertad á su padre, sino que tambien le concederia ricas posesiones en Siria, con tal que las puertas de Tiro le fuesen abiertas. En caso de repulsa, el noble prisionero seria llevado bajo los muros de la ciudad, donde estaria espuesto á los tiros de los sitiados.

Conrado estuvo inflexible. Contestó con fiereza que él despreciaba los regalos y presentes de los infieles, y que en cuanto á la vida de su padre, por mucho que la apreciase, no podia serlo tanto como la defensa de su fé. Que si Saladino era tan bárbaro para hacer perecer un anciano desarmado, el marqués de Monferrato se gloriaria de descender de un mártir.

Esta respuesta fué conocida de toda la Palestina en muy breve tiempo, y produjo una generosa emulacion entre todos los caballeros cristianos. Los hospitalarios, los templarios, todos los que sobrevivieron á la catástrofe de Tiberiades, volaron á los muros de Tiro para participar de los peligros y del honor de tan heroica defensa. Entre los reciénvenidos, dicen las crónicas, se hacia notar sobre todo un hidalgo español, conocido en la historia con el nombre de *Caballero de las armas verdes*. El solo, dice Bernard le Tresorier, derribaba batallones enteros: los mas valientes musulmanes cayeron bajo el filo de su espada, y Saladino cobró tanta admiracion al héroe español por sus proezas, que llegó á hacerle repetidas veces ofrecimientos magníficos.

Tales ejemplos hicieron invencibles á los defensores de Tiro. Saladino levantó dos veces el sitio, y por último renunció á la conquista de la ciudad.

Conrado se hizo dar la soberanía de Tiro, que con tanto valor había defendido, y rehusó luego devolver esta plaza á Lusignam, rey de Jerusalem.

Durante el sitio de Tolemaida, Conrado se señaló con nuevas hazañas; mas su ambición ocasionó grandes desavenencias en el ejército cristiano. Habiéndose casado con Isabel, hermana de la reina de Jerusalem, el marqués de Monferrato quiso hacerse proclamar rey de la Ciudad Santa en lugar de Guy de Lusignam. Sostenido por el rey de Francia y por los templarios, Conrado no tenía otro adversario sino al impetuoso Ricardo, rey de Inglaterra. Mediaron muchas discusiones, mas los peligros del ejército y los intereses de la Cruzada contribuyeron poderosamente á sofocar esta querrela. Se convino en que Lusignam conservaría el título de rey durante su vida, y que Conrado y sus descendientes serían los sucesores herederos del reino de Jerusalem. También se convino que cuando uno de los dos monarcas atacara la ciudad, el otro velaría por la seguridad del campo y contendría el ejército de Saladino; este arreglo restableció la armonía. Los guerreros cristianos que estuvieron á punto de tomar las armas contra ellos mismos, no se disputaron ya sino la gloria de vencer á los infieles: Tolemaida abrió muy en breve sus puertas á los cruzados.

Entre tanto el ejército cristiano se había puesto en marcha para libertar la Ciudad Santa, y ya había llegado á los muros de Ascalon, cuando el rey Ricardo de Inglaterra recibió un mensaje que le hacía sabedor de las maquinaciones de su hermano Juan sin Tierra contra su corona. Ricardo anunció á los jefes su próxima partida, y al mismo tiempo declaró que dejaría trescientos caballeros y dos mil infantes escogidos en Palestina.

Esta noticia produjo una viva emoción en el ejército; todo el mundo comprendió que en la ausencia de Ricardo Corazon de Leon, era menester un jefe digno que reemplazase al héroe que se marchaba. Conrado no era estimado, mas todos apreciaban debidamente su habilidad y valor, por lo que fué designado al rey de Inglaterra para ocupar su puesto, quien desde luego aceptó la propuesta.

Cuando el marqués de Monferrato supo este nombramiento, no pudo ocultar su alegría, y en presencia de los mensajeros de Ricardo dijo estas palabras: «Señor, apartad esta corona de mi frente, si no me hallais digno de ella!»

Bellas palabras á ser sinceras! Mas en los momentos mismos que Conrado las pronunciaba, acababa de contraer una alianza ofensiva y defensiva con los infieles!

Dos jóvenes esclavos habían dejado los deliciosos jardines en que el *Viejo de la montaña* los educaba para sus venganzas. Fuéron á Tiro, y para disimular mejor su maquinación, se hicieron bautizar, y aparentaron, dicen los historiadores árabes, ocuparse en hacer oración al Dios de los cristianos. Aprovechando los momentos en que la ciudad de Tiro celebraba con regocijos la elevación de Conrado, los dos ismaelitas le atacaron al salir de un festín y le mataron á puñaladas, dirigiéndole estas palabras, que nos han transmitido las crónicas: «Tú no serás mas ni marqués, ni rey.»

El historiador árabe, Ibn-Alatir, pretende que Saladino había ofrecido diez mil piezas de oro al *Viejo de la montaña*, si hacía asesinar al marqués de Monferrato y al rey de Inglaterra; mas que el príncipe de los asesinos no juzgó conveniente libertar al sultán de una vez de estos dos temibles adversarios. Por otra parte, la crónica de Sicard afirma que uno de los asesinos declaró que enviado por su señor, había obrado por órdenes del rey de Inglaterra. La verdad sea dicha: el marqués de Monferrato había deshonrado su glorioso pasado con un acto de insigne felonía!



Raimundo, conde de Saint-Gilles y de Tolosa. Raimundo, antes de pasar á Palestina con Godofredo de Bouillon, había tenido la gloria de pelear contra los moros al lado del Cid, bajo el reinado de Alfonso el Grande, rey de España, quien le había dado en matrimonio

á su hija Elvira. Las vastas posesiones de Raimundo en las orillas del Ródano y Dordaña, lo ilustre de su nacimiento, sus numerosos combates contra los sarracenos, lo habían colocado desde un principio entre los jefes mas ilustres de la Cruzada.

Los años no habían enfriado en el conde de Tolosa el ardor y las pasiones de la juventud. Altivo é impetuoso, si bien no era querido de sus compañeros, no por eso dejaban de tributar homenaje á su valor y talentos. Acompañado de su muger y de su hija, Raimundo se puso á la cabeza de un ejército de cien mil cruzados, pasó los Alpes, la Lombardia, el Frioul, y dirigió su marcha hácia el territorio del imperio griego, por en medio de las montañas y poblaciones casi salvajes de la Damalcia. Atacado en Antioquía de una enfermedad que lo puso á las puertas de la muerte, ya estaba estendido en la cama de ceniza, cuando un señor sajón, como herido de repentina iluminación, vino á anunciar á los cruzados, que estaban arrodillados junto al lecho del ilustre moribundo, que los ruegos de San Gil habían obtenido una tregua con la muerte.

Estas palabras, dice Guillermo de Tiro, hicieron renacer la esperanza en los asistentes, y pocas semanas despues de esta notificación milagrosa, el valiente conde de Tolosa se hacia llevar en una litera á la cabeza de su ejército.

Durante el reinado de Godofredo de Bouillon, Raimundo de San Gil tomó parte en todos los combates del ejército cristiano contra los infieles. En el sitio de Jerusalem se señaló con proezas homéricas. Pero su ambición empujó mas de una vez la gloria que había conquistado en los combates. Portóse como un héroe en la batalla de Ascalon, en la que los historiadores árabes lo ponen por encima de Godofredo (4); mas sus celos contra el duque de Bouillon fueron parte á que los cristianos no sacaran provecho de la victoria. En efecto, el conde de Tolosa había enviado á Ascalon un caballero, despues de la derrota de los musulmanes, con encargo de requerir la guarnición á rendir las armas: su objeto era enarbolar su bandera en la ciudad, y retener para sí esta conquista, bien que Godofredo la reclamase, como que había de hacer parte del reino de Jerusalem. Ciego de cólera, Raimundo levantó el campo, se marchó con sus tropas, despues de haber hecho aconsejar á los sitiados de que no se rindiesen al duque de Lorena, que iba á quedarse solo delante de las fortificaciones.

Otra querrela entre estos dos guerreros tuvo lugar, pocos dias despues, enfrente de la ciudad de Arsouf, situada á orillas del mar, doce millas al norte de Ramla. El conde de San Gil, que iba en la vanguardia con su tropa, emprendió sitiar la plaza, y no habiendo podido tomarla al primer asalto, levantó el sitio, despues de haber advertido á la guarnición que no tenía que temer nada del pequeño ejército del duque de Bouillon. Este, á pocos dias de esto, requirió la ciudad para que se rindiera, mas los sarracenos se determinaron á defenderse. Entonces supo que su resistencia provenía de los consejos de Raimundo, y no pudiendo vencer su enojo, resolvió vengar con las armas tan negra felonía. Marchó pues contra el conde de Tolosa, quien también venía á su encuentro para empeñar el combate, mas Tancredo y otros barones se interpusieron entre los dos rivales, y se esforzaron para conseguir que depusieran las armas.

Despues de acaloradas razones, Raimundo, vencido por los ruegos de sus compañeros y por la generosidad de Godofredo, abrazó á este último en presencia de todo el ejército, y desde este día, dice el cronista Alberto de Aix, la buena armonía no cesó de reinar entre los dos jefes.

La batalla de Ascalon fué la última de esta Cruzada. Libres de sus votos, al cabo de cuatro años de trabajos y peligros de toda especie, los principales señores cruzados se determinaron á dejar á Jerusalem, que muy pronto solamente iba á tener por defensa trescientos caballeros, la sabiduría de Godofredo y la heroica espada de Tancredo, que había resuelto acabar sus dias en la Palestina.

Despues de tiernos adioses, unos se embarcaron en el Mediterráneo, otros atravesaron la Siria y el Asia Menor. Su vuelta á Occidente fué considerada como debida á un milagro. No se cansaban en escuchar la relacion de sus trabajos y de sus hazañas.

El conde de Tolosa, que había jurado no volver mas á Occidente, se había retirado á Constantinopla, donde el emperador lo acogió con distinción y le dió el principado de Laodicea. Durante su permanencia en la capital del imperio griego, numerosas tropas de caballeros occidentales, cuyo entusiasmo había sido exaltado con la noticia de la toma de Jerusalem, se habían puesto en marcha hácia Oriente. A su llegada en Constantinopla se entregaron á toda clase de desórdenes; mas de una vez el emperador fué amenazado hasta en el recinto de su palacio, y para defenderse contra la insolencia de los peregrinos, se vió en el caso, dice la crónica, de saltar contra ellos sus leones y leo-

(1) Se lee en la historia árabe de Jerusalem y de Hebron, que despues de la batalla de Ascalon, un poeta musulmán dirigió á Raimundo unos versos en los que le decía:

«Oh franco! tú has vencido con la espada del Mesías! Qué héroe Raimundo de San Gil! La tierra no había presenciado una victoria semejante á la suya contra el visir Afdal!

pardos. Los jefes de las Cruzadas hacían vanos esfuerzos para contener sus soldados indisciplinados. El emperador se vió reducido á implorar de ellos la paz, y á costa de muchos regalos y presentes pudo determinar á sus terribles huéspedes á que atravesasen el estrecho de San Jorge.

Esta multitud de peregrinos se elevaba, segun testimonio de Orderic Vital, á muchas centenas de millares, y entre ellos había gran número de clérigos, monjes, mugeres y niños.

El emperador Alejo encargó al conde de Tolosa que condujera por el Asia Menor este nuevo ejército de cruzados. Raimundo tenía consigo algunos caballeros provenzales y quinientos soldados griegos: él hubiera querido hacer seguir á las tropas puestas á sus órdenes la ruta que había tomado Godofredo de Bouillon; pero los lombardos se resistieron á ello, y le fué preciso seguir con ellos el camino del Korassan.

Despues de haber atravesado países casi desiertos, y sufrido todo linaje de privaciones, los cruzados dieron con un ejército de turcos, venidos de todas las provincias del Asia Menor, de la Siria y de la Mesopotamia. Preciso fué dar batalla á los infieles. Los cristianos com-

pus sus estados, su familia, y que había consentido morir pobre y desamparado en tierra extraña.

En memoria de los largos servicios del conde de Tolosa y de sus hazañas en la guerra contra los infieles, el rico territorio de Trípoli fué erigido en condado, y fué dado en herencia á los hijos del glorioso vencedor de Ascalon.

Ricardo Corazon de Leon. Guillermo, arzobispo de Tiro, que había dejado el Oriente para venir á Europa á solicitar los servicios de los principes cristianos, fué encargado por el papa para predicar la guerra santa (1188).

Luego que hubo inflamado el celo de las poblaciones italianas, el prelado pasó á Francia y se halló en una junta convocada cerca de Gisors por Enrique III, rey de Inglaterra, y por Felipe Augusto, rey de Francia. Guillermo fué acogido con entusiasmo en este *parlamento*, y leyó en alta voz una relacion de la toma de Jerusalem por Saladino.

Despues de esta lectura, que hizo derramar lágrimas á todos los asistentes, el piadoso enviado exhortó á los fieles á que tomasen la cruz.



Ricardo, corazon de Leon.

batieron con mucha resolución; pero como los diferentes cuerpos del ejército no obedecían á una dirección única, fueron sucesivamente rotos por los turcos. Raimundo, que luchó hasta el fin, se encontró repentinamente abandonado de sus guerreros: solo desde lo alto de una roca donde se había refugiado, y donde su espada sembraba la muerte en su derredor, había acabado entre las manos de los infieles, sin el generoso arrojo del conde de Blois.

Esta jornada fué desastrosa para los cristianos. ¡Mas cuánta no sería su sorpresa y desesperación, luego que supieron que el conde de Tolosa había dejado el campo, y que había tomado la ruta de Sinope!

Raimundo murió, á pocos años despues de tan extraña deserción, delante de Trípoli, cuyo sitio había comenzado. Guillermo de Tiro, cuando refiere los últimos instantes del conde de Tolosa, rinde un brillante homenaje á las virtudes de este príncipe heroico á quien devoraba el celo de la casa de Dios, de este «caballero de Jesucristo» que, para libertar el Santo Sepulcro había abandonado su patria,

SESTA SERIE.—ENTREGA 22.

«En la puerta de esta asamblea, exclamó el arzobispo, yo he visto desplegar el aparato de la guerra: qué sangre vais derramar? Os batís aquí por la ribera de un río, por los límites de una provincia, por un pasajero renombre, mientras que los infieles invaden el reino de Dios y que la cruz de Jesucristo es arrastrada con ignominia en las calles de Bagdad! ¿Habeis acaso olvidado lo que nuestros padres hicieron? Un reino cristiano fué por ellos fundado en medio de las naciones musulmanas. Si vosotros habeis dejado perecer su obra, venid al menos á libertar sus tumbas, que están en poder de los sarracenos. Si no servís la causa de Dios, ¿qué causa os arriais defender? Oh! cuánta no será la alegría de los sarracenos, en medio de sus impíos triunfos, cuando sean sabedores que el Occidente no tiene ya guerreros fieles á Jesucristo, y que los principes y los reyes de Europa han sabido con indiferencia los desastres y el cautiverio de Jesucristo!»

Estas palabras conmovieron profundamente el corazon de los principes y caballeros. Enrique II y Felipe Augusto, hasta entonces ene-

migos implacables, se abrazaron con lágrimas en los ojos, y fueron los primeros que se presentaron á recibir la cruz. Ricardo, hijo del rey inglés, y duque de Guyenne; Felipe, conde de Flandes; Enrique, conde de Champagne; Thibaut, conde de Blois; los condes de Soissons, de Nevers, de Vendôme; los dos hermanos Josselin y Matón de Montmorency, hicieron también juramento de ir á libertar la Tierra Santa.

Se resolvió en consejo de príncipes y obispos, que todos aquellos que no tomaran la cruz, pagarían la décima parte de sus rentas y del valor de sus muebles. El terror que habían inspirado las armas de Saladino hizo que se diese á este impuesto el nombre de *diezmo Saladino*.

La guerra que estalló poco tiempo después entre Felipe Augusto y Enrique Plantagenet, retardó dos años la partida de los guerreros de Francia á Inglaterra. Mas á principios del año de 1191, después de la muerte de Enrique II, Ricardo, su hijo, y el rey de Francia, se decidieron por último á embarcarse para Palestina.

Al salir del puerto de Mesina, la flota inglesa fué dispersada por una violenta tempestad. El navío que llevaba á Berenguela de Navarra y á la reina de Sicilia, habiéndose presentado delante de Linusso, no pudo obtener entrada en el puerto. Poco tiempo después, Ricardo llegó con su flota, que había podido reunir, y sufrió igual repulsa. Isaac Comneno, que durante los trastornos de Constantinopla se había apoderado de la isla, osa amenazar al rey de Inglaterra. Ricardo, en quien la furia francesa hervía siempre, no vacila en atacar á Isaac. En pocos días la isla fué conquistada, y el rey de Inglaterra, luego que la hubo erigido en reino, se hizo á la vela para Tolemaida.

Cuando los ingleses reunieron sus fuerzas con las del ejército sitiador, el ataque de la plaza fué llevado á los extremos del rigor. Levantábanse máquinas y diariamente se daban asaltos.

Pero la rivalidad, que no tardó en estallar entre los dos monarcas de Francia y de Inglaterra, prolongó el sitio casi indefinidamente. Los musulmanes aprovechaban el tiempo que los cruzados perdían en vanas disputas, fortificando la ciudad. De modo que al cabo de un sitio de dos años vino á caer Tolemaida en manos de los cruzados.

Felipe Augusto y Ricardo, que apenas hacía tres meses que habían llegado, se repartieron los víveres, las municiones y todas las riquezas que había en la plaza. Cuéntase que Leopoldo de Austria, cuyo comportamiento durante el sitio había sido heroico, habiendo hecho enarbolarse su bandera en una de las torres de la ciudad, Ricardo la hizo quitar y arrojar en los fosos.

Mucho también había herido al marqués de Monferrato el orgullo del rey de Inglaterra; y no obstante las vivas instancias de sus compañeros de armas, creyó deber retirarse á su principado de Tiro con todas sus tropas. Por este mismo tiempo Felipe Augusto anunció su designio de regresar á Francia. ¿Su enfermedad, como él lo decía, había hecho progresos, ó bien la conducta de su vasallo de Inglaterra lastimaba su llerza real?

Como quiera que sea, el monarca partió, dejando diez mil franceses en Palestina, á las órdenes del duque de Borgoña, y Ricardo quedó solo para hacer ejecutar la capitulación de Tolemaida.

No habiendo pagado á Saladino en el término fijado los doscientos mil bezantes de oro que había prometido, y no habiendo entregado á los cristianos el madero de la verdadera Cruz, Ricardo hizo dar muerte á los dos mil setecientos prisioneros sarracenos, á los cuales se les había de poner en libertad después del cumplimiento del tratado. Acto de barbarie atroz que los cristianos debieron infamar, y que ha echado un borron en la memoria del príncipe inglés.

Luego que los cristianos hubieron tomado algun descanso en la ciudad que su valor había conquistado, Ricardo hizo publicar por su heraldo de armas que el ejército iba á ponerse en marcha para Jaffa.

Al cabo de seis días de fatigas llegaron los cruzados á las riberas del río de Arsar; allí aguardaban á los cristianos, para disputarles el paso, doscientos mil musulmanes, ó para empuñar una batalla decisiva.

Ricardo se aprestó desde luego al combate. El ejército cristiano fué dividido en cinco cuerpos: los templarios formaban el primero; los bretones y angevinos el segundo; en tercera línea estaban los potesteros; componían el cuarto cuerpo ingleses y normandos; los hospitalarios por último tenían la retaguardia.

Muy pronto el ejército musulmán rodeó las fuerzas cristianas, así como, dicen los historiadores árabes, las pestañas cercan al ojo. Duró la batalla todo el día. Los infieles, rotos sus batallones por tres veces, volvieron animosos á la carga; pero al fin fueron molidos bajo el acero de esa nación de hierro.

A su llegada á Jaffa, los cruzados encontraron demolidas las murallas y las torres: Saladino había hecho demantelar las plazas que no le era dable defender. Ascalon, Ramla, Gaza, Natron, todos los castillos de las montañas de Judea cesaron de existir en calidad de fortalezas.

¡Singular espectáculo, dicen las crónicas, era el que ofrecían dos ejércitos que tan formidables habían sido en el campo de batalla, evi-

tando nuevos combates y recorriendo un país asolado por sus victorias, el uno se ocupaba en destruir y derribar las fortalezas, y el otro en reedificarlas!

Mas no estaban siempre ocupados en *remover piedras* los cruzados. Cierta día que los templarios recorrían las llanuras y los valles en busca de forraje, fueron sorprendidos por muchos millares de caballeros sarracenos, que les acometieron, dando, según su costumbre, espantosos gritos. Los cruzados, á pesar de sus heroicos esfuerzos, estaban á punto de sucumbir, cuando Ricardo, que había oído los clamores de los enemigos, monta en su caballo leonado de Chipre, y á toda brida se dirige al sitio del peligro. Como la escolta fuese poco numerosa, le aconsejaron sus caballeros de que no se espusiese inútilmente á una muerte cierta: mas indignado el monarca con semejantes consejos:

—¿Cómo se entiende caballería, exclamó, que yo, jefe de esos valientes alistados en el ejército, habiendo jurado que jamás los abandonaré, volviere ahora hacia atrás? Y si esos cristianos hallasen la muerte sin ser socorridos, ¿con qué derecho me llamaría rey y me titularía jefe suyo?

Y diciendo esto, Ricardo se precipita á lo mas fuerte de la pelea; cada golpe de su espada tiende un musulmán á sus pies. Los cristianos regresan victoriosos á su campamento, celebrando las proezas de este otro Tancredo!

Entre tanto Saladino había salido de Jerusalem con todas sus fuerzas á poner sitio á Jaffa, que guarnecían solamente tres mil cruzados.

Después de muchos asaltos tomaron los musulmanes la ciudad y pasaron á cuchillo todos los cristianos que encontraban. Y ya la ciudadela, donde se había refugiado la guarnición, se proponía capitular, cuando en esto Ricardo, viniendo por mar de Tolemaida, se presentó de repente delante del puerto con muchas naves, á cuyo bordo venían guerreros cristianos. Al momento hace bogar hacia la villa, y primero que nadie se arroja al agua, que le daba á la cintura, y llega á la orilla, que defendían una porción de sarracenos.

Seguido de tres de sus mas bravos caballeros, penetra en la plaza, arroja de ella á los turcos, y los persigue en la llanura. La guarnición de Jaffa, reunida con el escaso refuerzo de Ricardo, alcanzaba á unos dos mil combatientes.

Al cabo de tres días, volvieron los sarracenos por millares, para sorprender la plaza. Los gritos de los centinelas despertaron al rey de Inglaterra, quien inmediatamente se puso la coraza, y á medio vestir, corrió hacia el enemigo. En la ciudad, solamente había diez caballos. Ricardo monta en uno, y seguido de nueve guerreros, cuyos nombres nos han conservado las crónicas, cae como un rayo sobre un grueso de siete á ocho mil caballeros musulmanes, que vuelven grupas, espantados de tamaño arroyo.

En este momento vienen á anunciar al rey que el enemigo ha entrado en la ciudad, y que los infieles pasan á cuchillo á los cristianos que guardan las puertas. Vuela Ricardo á su socorro. A su vista, tiemblan de terror los mamelucos. *Sus cabellos*, dice la crónica, *se erizaban* luego que veían brillar la espada del héroe.

Un emir, de fuerza y valor extraordinarios, osa desafiarse al príncipe á singular combate, quien de un solo tajo le hiende la cabeza, la espalda derecha y el brazo del mismo lado.

En lo mas fuerte de la pelea, el conde de Leicester, rodeado de caballeros sarracenos, había perdido su caballo: el rey echa de ver la apurada situación del valiente caballero, y se arroja á las filas enemigas, desapareciendo de la vista de sus guerreros. Cuando se reunió á los cruzados, que le creían muerto, su caballo estaba cubierto de polvo y teñido de sangre, y él mismo, dice un cronista que asistía á la batalla, *tenía tantas flechas clavadas, que parecía un erizo*.

Los historiadores árabes refieren, que habiendo echado en cara Saladino á sus emires, después del combate, su cobardía delante de un hombre solo, «nadie, dijo uno de ellos, puede resistir á ese franco; su impetuosidad es terrible, su encuentro es mortal, y sus hechos son superiores á la humana naturaleza.»

Desgraciadamente tantos trabajos y tanta gloria, de ninguna utilidad fueron para la Cruzada. Los franceses no querían combatir bajo el estandarte de Ricardo; los alemanes, á las órdenes de Leopoldo de Austria, habían dejado la Palestina, y el rey de Inglaterra se vió en la necesidad de reanudar las negociaciones con Saladino. Se celebró una tregua de tres años y ocho meses.

Se convino que Jerusalem abriera sus puertas á la devoción de los cristianos, y que estos poseerían toda la costa marítima, desde Jaffa hasta Tiro.

Ricardo Corazon de Leon (jamás sobrenombre ha sido mas merecido), no teniendo nada mas que hacer en Palestina, se embarcó por Tolemaida, y se despidió de la Tierra Santa, en donde su nombre había de quedar como objeto de terror para los infieles.

Los cristianos, viendo que partía el vencedor de Artuz, lloraron amargamente, considerándose como entregados sin defensa á las agresiones de los sarracenos.

El mismo Ricardo, al ver desaparecer la tierra en la que había

desempeñado un papel tan brillante, no pudo contener las lágrimas, y volviendo los ojos hacia Tolemaida, testigo de tantas proezas:

«Oh Tierra Santa! exclamó, yo recomiendo tu pueblo á Dios; plegue al cielo que yo vuelva á visitarte y á socorrerte!»

Un largo cautiverio aguardaba al héroe de la Cruzada á su regreso en Europa. Habiendo naufragado en las costas de Italia la nave en que iba el rey, temiendo este atravesar la Francia, tomó la ruta de Alemania, ocultando su rango bajo un hábito de peregrino. Reconocido y entregado al duque de Austria, después al emperador de Alemania, el vencedor de los sarracenos fué encerrado en oscuro calabozo, por príncipes cristianos envidiosos de su gloria. Ricardo compareció en la dieta de Worms, y lo acusaron de todos los crímenes que los celos y la envidia habían imaginado contra él. Mas luego que los obispos y los señores se vieron cara á cara con el héroe, cuya mirada electrizaba á los cruzados, y hacía temblar á los musulmanes; luego que el monarca inglés hubo hecho oír su justificación, todos sus jueces derramaron abundantes lágrimas, y fueron á suplicar al emperador que tratase con menos injusticia á su ilustre prisionero.

La vida de Ricardo, lo mismo que la de todos los príncipes de la casa francesa de Plantagenet, contiene mas de un borron: mal hijo, soberano sin entrañas, esclavo de las mas brutales pasiones, el hijo de Enrique II dió pruebas de cualidades mas brillantes que sólidas. Pero sus infortunios, sus estrañas aventuras, que arrancaban lágrimas, hicieron olvidar sus faltas, y los cronistas de la edad media, de los cuales muchos le habían visto combatir, cual otro Macabeo, en los campos de batalla de la Tierra Santa, no han legado á la posteridad sino recuerdos de los altos hechos de este verdadero paladín de las antiguas historias de la andante caballería.

Roberto II, conde de Flandes, y **Roberto**, duque de Normandía. Roberto II, conde de Flandes, había gobernado este país durante la peregrinación de su padre en Palestina. Sucedió á este príncipe en 1073, y en los primeros años de su gobierno cometió muchos actos de violencia contra el poder eclesiástico, y sin duda, para purgar estas faltas, tomó parte en la Cruzada de Godofredo de Bouillon.

Roberto de Flandes se mostró en todo el curso de la Cruzada emulo de los mas valientes caballeros, y por la nobleza de su carácter, por su desinterés y por su generosidad, no se puede menos que compararlo á Godofredo de Bouillon y á Tancredo.

En la batalla de Dorylea, en la de Ascalon, en el sitio de Jerusalem, Roberto se hizo notable con tan estraordinarias proezas, que le valieron el sobrenombre de *Espada de los cristianos*, y el que los sarracenos no le designasen mas que con el nombre de San Jorge, patron de los guerreros cristianos.

Los lazos de la mas estrecha confraternidad de armas unían á Roberto de Flandes con otro Roberto, apellidado *Courte-Heuse*, hijo mayor de Guillermo el Conquistador. El joven duque de Normandía, bravo y caballeresco como todos los guerreros normandos, tenia, como príncipe, los defectos mas reprensibles. Débil, indolente, amigo de los placeres, el heredero del conquistador de Inglaterra se había desdenado sentarse en el trono de la Gran Bretaña á la muerte de su padre. Duque de Normandía, no supo el joven príncipe gobernar sus estados.

Pródigo hasta la estravagancia, Roberto, dicen los cronistas, arruinaba á sus pueblos: los bufones y correesanos que sin cesar le cercaban, de tal manera abusaban de su generosidad, que muchas veces no tuvo pan en medio de las riquezas de un gran ducado, y hasta se quedaba en cama por no tener un vestido que ponerse, pues sus cortesanos, sin escrúpulo alguno le quitaban sus calzones y zapatos.

El duque de Normandía no entró en la Cruzada impulsado por sentimientos religiosos, ni por los halagos de la ambición. Cansado de su vida licenciosa, el gusto de aventuras, inherente en cierto modo al genio de la raza normanda, se había en él despertado. No teniendo dinero suficiente para levantar y mantener un ejército, empeñó su ducado en manos de su hermano Guillermo el Colorado. Este, que se movía de la caballería andante de los cruzados, aprovechó con gusto la ocasión de gobernar una provincia, que tenia esperanzas de reunir algun día á su reino de Inglaterra. Impuso contribuciones al clero, que aborrecía, hizo fundir la plata de las iglesias, para pagar á Roberto la suma de diez mil marcos de plata, quien partió para Tierra Santa, seguido de casi toda la nobleza de su ducado.

En los llanos de Nicea desenvainó por la vez primera la espada el duque de Normandía contra los infieles. La batalla duró todo el día, y durante este terrible combate, Roberto de Normandía y su amigo el duque de Flandes, tuvieron que luchar con cincuenta mil caballeros sarracenos, que se precipitaban en las filas cristianas, dice Mateo de Edessa, y se retiraban para venir á la carga con mas ímpetu.

Ganada la batalla, los caballeros prosiguieron el sitio de Nicea con nuevo vigor.

Los dos Robertos, con Bohemundo y Tancredo, bajaban todos los días á los fosos de la plaza, y daban á sus compañeros un ejemplo de la mas temeraria audacia. En Dorylea, el duque de Normandía dió las mas brillante pruebas de su heroico valor. El campo cristiano acababa de ser invadido por la caballería musulmana, y el ejército de los cru-

zados estaba en el mayor desorden. Roberto, que mandaba la reserva, corrió á ellos con sus caballeros: toma de las manos de quien la llevaba su bandera blanca bordada de oro, y lanzándose en medio de los escuadrones enemigos, derriba á todos los que encuentra á su paso, al grito de guerra: *Normandia! Normandia!* Vienen á su turno Tancredo y Ricardo de Salerno; se precipitan en seguimiento de Roberto, cuya espada acaba de tender muerto á uno de los principales emires sarracenos, y su ejemplo arrastra á todo el ejército y decide la victoria.

Dos días después de la batalla, dice Alberto d'Aix, los infieles huían todavía, llenos de terror y espantados de los increíbles hechos de armas de Godofredo, de Bohemundo, de Tancredo, y de los dos Robertos.

En otra batalla dada en las riberas del Oronto, el duque de Normandía sostuvo solo un combate contra un jefe de infieles que se avanzaba rodeado de los suyos. De un sablazo Roberto hendió la cabeza del musulmán hasta la espalda, y lo tendió á sus pies, exclamando con voz de trueno: *¡Consagro tu alma impura á las potestades infernales!*

Ya hemos dicho, que después de la batalla de Ascalon, los mas de los príncipes cristianos regresaron á su país y volvieron á entrar en posesión de sus Estados.

El duque de Normandía fué menos feliz que sus valientes compañeros Eustaquio de Lorena, Roberto de Flandes y Alain Fergent el Breton.

La vista de los Santos Lugares, los largos sufrimientos soportados bajo el estandarte de la Cruz, no habían cambiado su carácter ligero y veleidoso. A su regreso de la Tierra Santa, profanos amores le retuvieron en Italia. Cuando por fin entró en sus estados, fué recibido con trasportes de entusiasmo. Mas habiendo vuelto á tomar las riendas del gobierno, incurrió en sus anteriores debilidades, y se enajenó el amor de sus súbditos.

Desde el seno de la ociosidad y del desorden, sin ejército y sin tesoro, se atrevió á disputar al sucesor de Guillermo el Colorado, la corona británica, que en otro tiempo había desdenado. Y entregado á los consejos de los histriones y de las cortesanas, mientras soñaba con la conquista de Inglaterra, perdió su ducado de Normandía. Vencido en esta batalla, el héroe de Nicea, de Dorylea y de Ascalon, cayó en manos de su hermano Enrique I, quien lo hizo encerrar en el castillo de Cardiff, en la provincia de Glamorgan. Al cabo de veintiocho años de cautiverio, Roberto murió olvidado de sus súbditos, y aun de aquellos mismos que en los campos de Palestina habían admirado mas su incomparable valor y fabulosas hazañas!



Saladino. Saladino, hijo de Ayoub, tenía treinta años, y á esta edad aun era desconocido en su nación. Su padre había dejado las montañas salvajes del Curdistán, para servir á las potencias musulmanas de la Mesopotamia, y se había agregado á la fortuna de los Alabeks un poco antes de la segunda Cruzada.

Saladino, en su primera juventud, entregado á la disipación y á los placeres, era completamente extraño á los asuntos de la política y de la guerra. En 1169 fué nombrado visir por el califa del Cairo, y entonces cambió de conducta y reformó sus costumbres. De repente, dicen los historiadores árabes, se operó en Saladino una completa revolución. Este joven, que parecía nacido para las comodidades y para la vida ignorada del serrallo, asombró á los verdaderos creyentes con la austeridad de sus devociones y con la actividad de su espíritu. En pocos meses, el Egipto se sometió enteramente al imperio de Nuredin, califa de Damasco: la autoridad de los fatimitas fué abolida; y poco tiempo después el califa del Cairo murió sin sospechar que había perdido su imperio.

Los cristianos acusaron á Saladino de haberle dado muerte con su

propia mano; mas este horrible misterio de la política oriental, no ha sido suficientemente despejado por los historiadores contemporáneos. Los tesoros del califa se invirtieron en acallar los murmullos del pueblo y de los soldados. La dinastía de los fatimitas, que se había sentado en el trono durante unos doscientos años, se apagó en un día, y no encontró un defensor. Los musulmanes de Egipto y de Siria no tuvieron desde entonces mas que una misma religion, y una sola causa que defender.

Semejantes resultados, debidos á los esfuerzos de Saladino, acrecentaron singularmente su poder. El sultan de Damasco fué como absorbido en la gloria de su dichoso lugar-teniente. Este no pensó desde luego destronar á su amo, mas era tal la posición en que las circunstancias le habían colocado, que se encontró un día como arrastrado por la ola popular hacia el rango supremo, que ambicionaba sin osar apoderarse de él.

La guerra entre el sultan y su visir iba á estallar, cuando Nure-dino murió. Con esta noticia los cristianos se regocijaron, creyendo que no tenían ya enemigo ninguno temible que combatir; pero, dicen los autores árabes, lo que entonces hizo la seguridad de los francos,

las armas; mas mientras que los cruzados se debilitaban en pequeños combates sin importancia, las fuerzas de sus enemigos se aumentaban diariamente.

A principios del año 1187, un ejército musulman se avanza en el país de Galilá. Quinientos caballeros del Templo y de la orden de San Juan, corrieron á defender el territorio cristiano. La superioridad del número de sus enemigos los agobió, y perecieron todos en la desastrosa jornada.

Las crónicas están llenas de los altos hechos de estos mártires de la fé y de la caballería. Se les vió, dicen, despues de haber agotado sus flechas, arrancar de su cuerpo aquellas con que estaban heridos, y lanzarlas al enemigo. Muchos de estos caballeros, rotas sus lanzas y espadas, se lanzaron á las filas enemigas, lucharon cuerpo á cuerpo con los guerreros musulmanes, y sucumbieron amenazando á sus enemigos.

Un francés, Santiago de Maillé, caballero del Templo, se señaló particularmente en este funesto combate. Montado en un caballo blanco, había quedado solo de pie en el campo de batalla, y rehusaba rendirse. Derribado de su montura, el guerrero cristiano se incorpora, y



Fuga de Saladino á través del desierto.

produjo mas tarde su ruina. Y en efecto, hecho dueño de un ejército numeroso y victorioso, Saladino supo aprovecharse de los desórdenes que traían revuelta la Siria, se apoderó del imperio de los Alabecks, y dirigió todas las fuerzas musulmanas contra las colonias cristianas.

Batido en los muros de Ascalon, en las mismas llanuras en que en otro tiempo Godofredo de Bouillon, Tancred y Bohemundo, habían visto huir á los infieles delante de los invencibles guerreros que estaban á sus órdenes, Saladino, montado en un camello, corrió los mayores peligros en su fuga por el desierto. A su llegada al Cairo, condenó á muerte todos los prisioneros cristianos que le habían enviado de Antioquia, y les hizo cortar la cabeza en su presencia por los personajes mas piadosos de su ejército.

Esta horrible ejecución no satisfizo la venganza del sultan. Reunió nuevas tropas en Egipto, y volvió á amenazar al reino de Jerusalem. Los cristianos, sabedores de la cercanía del peligro, corrieron á

erizado enteramente de flechas, se precipita en las filas de los infieles, estupefactos de tamaño heroísmo. Acribillado de heridas y perdiendo toda su sangre, Santiago de Maillé combate aun con una rodilla en tierra. Los sarracenos, dicen los historiadores árabes, tomaron al franco de corazón de bronce por San Jorge, patron venerado que los cruzados invocaban en las batallas!

Entre tanto un inmenso ejército musulman, mandado por Saladino en persona, había venido á acampar no lejos del lago Tiberiades. El 2 de julio de 1187, los francos y los sarracenos se encontraron en las llanuras que rodean á este lago.

Los infieles cantaban con la victoria. Antes del combate el sultan recorrió las filas de sus guerreros, y sus discursos inflamaron los ánimos. Un autor árabe, secretario de Saladino, que se hallaba presente en este terrible combate, nos ha dejado su descripción. Pinta con una especie de entusiasmo las proezas homéricas de los caballeros franceses, cubiertos con sus brillantes corazas, y que no caían con el rostro

vuelto hacia el enemigo, sino despues de haber derribado en su derredor filas enteras de los defensores del islamismo.

Al día siguiente de la batalla, Saladino hizo traer á su presencia á los caballeros del Templo y de San Juan, y dijo á sus oficiales: «Quiero libertar á la tierra de estas dos razas impuras!»

El sultan permitió á cada uno de sus emires y de los fieles creyentes que le rodeaban, dar muerte á un caballero cristiano. Algunos guerreros no quisieron derramar por sí mismos la sangre de los infelices prisioneros; mas otros asesinaron con gran serenidad, al pie del trono de Saladino, que aplaudía tan horrible carnicería, un cierto número de caballeros cuyos brazos estaban sujetos con cadenas!

En menos de dos meses toda la Palestina fué invadida. Ascalon, que había costado á los cristianos casi medio siglo de trabajos y combates, cayó en catorce días. Había llegado el momento en que Jerusalem debía venir á poder de los infieles.

Una reina sumida en llanto, los hijos de los guerreros muertos en Tiberiades, algunos soldados que escaparon con vida, algunos peregrinos recientemente venidos de Occidente, tales eran los deshechos del Santo Sepulcro.

barones y caballeros: detrás de la princesa venia una porción de mujeres, que traían sus hijos en los brazos, y daban lastimeros gritos. Muchas de ellas se acercaron al trono de Saladino: «Aquí teneis á vuestros piés, le dijeron, las espaldas, las madres, las hijas de los guerreros que vos reteneis prisioneros; si os dignais devolvernoslos, ellos aliviarán nuestra miseria en el destierro, y no estaremos sin apoyo en el mundo.»

El dolor de esas pobres familias conmovió á Saladino: devolvió á las madres sus hijos, á las esposas los maridos que estaban entre los cautivos. Y compadeciéndose de todos los infortunios, permitió á los hospitalarios que se quedasen á cuidar de los peregrinos y enfermos que no podían salir de Jerusalem.

Saladino se detuvo casi un mes para restablecer en Jerusalem la religion musulmana. Las mezquitas, que los francos convirtieron en iglesias, fueron purificadas con agua de rosa, y vueltas á su antiguo destino.

Al siguiente año el sultan hizo la conquista de las ciudades cristianas de la Fenicia y del principado de Antioquia. Su intencion era comenzar la próxima campaña con la conquista de Tiro, Antioquia,



Santiago de Maillé, solo ya en el campo de batalla, rehusa rendirse.

Muy pronto vieron desde las torres de la Ciudad Santa flotar los estandartes de Saladino en las alturas de Emaus. El sultan, despues de haber acampado por algunos días al occidente de la ciudad, dirigió sus ataques hacia el norte, é hizo minar los terraplenes que se extienden desde la puerta de Josafat hasta la de San Estévan. A los cinco días de sitio la plaza se rindió. Con arreglo á la capitulación los habitantes pudieron rescatar su libertad mediante diez piezas de oro los hombres, y cinco las mugeres. Todos los guerreros que se encontraban en Jerusalem en el momento que se hizo el tratado, obtuvieron permiso para retirarse á Tiro ó á Trípoli.

Llegó en fin el día en que los cristianos que habitaban á Jerusalem habían de despedirse de ella para siempre. Saladino, desde lo alto de un trono colocado cerca de la puerta de David, presencié el desfile de la desolada población, á cuya cabeza iba el Patriarca con todo el clero. Seguiale la reina de Jerusalem acompañada de los principales

Trípoli, etc. Estaba tan distante de pensar que la Europa pudiese organizar una nueva Cruzada, que habiéndole hablado un almirante siciliano de los preparativos que se hacían en Francia y en Inglaterra, respondió que no le daban ningun cuidado los guerreros de Occidente. «Que vengan, añadió, que vengan y sufrirán lo que han sufrido sus hermanos: la muerte y el cautiverio!»

Entre tanto, las predicaciones del arzobispo de Tiro habían despertado en Occidente el entusiasmo de las primeras Cruzadas. De todas partes del mundo venían defensores de la Cruz, y mas de cien mil guerreros se reunieron en Toilemaida, en tanto que los monarcas de Francia y de Inglaterra se ocupaban aun de los preparativos de la partida.

La llegada de tan considerable refuerzo animó el ardor de los cristianos. Los musulmanes estaban por el contrario llenos de terror á la vista, según dicen los historiadores árabes, de los caballeros cruza-

dos, armados con bardas de hierro, que cuando corrían á las armas, se asemejaban á las aves de rapaña, y en la pelea á leones indómitos.

En un consejo presidido por Saladino, muchos emires propusieron el retirarse delante de un enemigo tan numeroso, decían, como las arenas del mar, mas violento que las tempestades, mas impetuoso que los torrentes.

No obstante, el 4 de octubre de 1187, las tropas cristianas y las musulmanas tuvieron un encuentro en la llanura de Tolemaida. Los cruzados, dice el historiador Emad-Eddin, *marchaban al combate con el ardor de un caballo que va al pasto*. En breve sus estandartes flotaban en la colina de la mezquita, y el valiente conde de Bar penetró hasta en la tienda de Saladino. Este príncipe, que mandaba el centro del ejército, no pudo retener á su lado sino un pequeño número de mamelucos; su ejército había desaparecido.

La victoria de los cristianos hubiera podido ser completa, mas esa tropa confusa de peregrinos de todas las naciones, propiamente hablando, no reconocía jefe ninguno. Dueños del campo de los turcos, entran á saquear las tiendas, y en breve el desorden es mayor entre los vencedores que entre los vencidos. Saladino aprovecha hábilmente esta circunstancia; á su vez los sarracenos se reúnen de nuevo, y la batalla vuelve á comenzarse con mas ardor.

Los cruzados, dispersos en la llanura, son perseguidos, destrozados. El campo está lleno de cristianos que huyen y rinden las armas. La milicia del Templo resiste casi sola á los sarracenos, vendiendo caras sus vidas. El gran maestro de esta orden cae prisionero, y algunas horas después recoge en la tienda de Saladino la palma del martirio.

Al aproximarse el invierno, Saladino dejó la llanura de Tolemaida, y se retiró con su ejército al monte Kharaba, distante algunas leguas de la ciudad. Su corazón era entonces presa de las mas vivas angustias. Instruido de los considerables armamentos que se hacían en Occidente, recurrió al califa de Bagdad.

«¿Qué se ha hecho, le decía, el ardor de los musulmanes, el celo de los verdaderos creyentes? ¡Mirad á los cristianos cómo vienen en gran multitud, y la prisa que se dan! Los musulmanes por el contrario están desanimados y como sin celo por el islamismo!»

Durante este tiempo, los cristianos se fortificaban en su campamento, donde levantaban una especie de ciudad con iglesias, mercados, etc. De modo que cuando en la primavera vino Saladino á tomar su antigua posición, se halló con todas las comunicaciones cortadas, y no pudo entrar en correspondencia con la guarnición de Tolemaida, sino por medio de pichones, ó con la ayuda de intrépidos nadadores, que por la noche atravesaban la flota cristiana.

Saladino atacaba sin cesar á los francos sin darles tregua. Cada vez que los cruzados daban un asalto á la ciudad, el ruido de los tambores y timbales resonaba en el campamento del sultán, quien al momento operaba una diversion del lado de la llanura.

En este interin, el emperador Barla Roja (Federico), llegó á los confines de la Siria. Federico había atravesado victoriosamente los países bañados por el Danubio, lo mismo que el imperio griego y los estados del Sultan de Iconia. Los musulmanes, sabedores de su proximidad, se estremecieron de terror: todo anunciaba que la intervención del monarca iba á inclinar la balanza á favor de los cristianos, cuando pereció en el paso de un río. En el momento su ejército se dispersa, y los cristianos, abrumados de dolor, pierden toda esperanza. Desanimados los jefes de los cruzados, se aventuraban á entrar en negociaciones con Saladino, cuando en esto una flota ancló en la rada de Tolemaida, y desembarcó un gran número de franceses, ingleses é italianos, conducidos por Enrique, conde de Champagne.

Hacia la misma época los sitiadores recibieron la noticia de que los reyes de Francia é Inglaterra se habían cruzado, y que se disponían á venir en su auxilio. Sabedor Saladino de estas cosas, no juzgándose muy seguro en su campamento, regresó á Kharouba.

«Los cristianos, escribía al califa de Bagdad, cuyo apoyo imploraba, reciben sin cesar nuevos refuerzos; cuando perece uno de ellos en tierra, llegan mil por mar. La semilla es mas abundante que la cosecha: el árbol echa mas ramas que las que el hierro puede cortar... Vos que sois descendiente de nuestro profeta Mahoma, á vos os toca portaros en esta circunstancia como se portaría él mismo si estuviese en medio de su pueblo.»

Estas pocas líneas pintaban muy bien el estado de ansiedad del sultán. Los combates, las fatigas, las enfermedades, el hambre habían debilitado su ejército, la agitación de su espíritu había alterado su salud; sus ojos se anegaron en lágrimas con la noticia de la toma de Tolemaida.

Mas las divisiones que reinaban en el campo de los cruzados, les impidieron que aprovecharan las ventajas de la victoria. Después de la partida del rey de Francia, Ricardo, es verdad, había marchado hacia Jerusalem, y había vencido en los llanos de Arsur á Saladino y á sus mas valientes emires. Mas, como ya lo dejamos dicho, el brillo de los hechos de armas del monarca inglés, y la indomable fiera de su carácter, habían dado origen á grandes divisiones entre los cristianos; y en vez de proseguir sus victorias, Ricardo tuvo que entrar en

negociaciones con Saladino. Este oponía dificultades, en razón á la impaciencia del rey de Inglaterra, y sin el descalabro que sufrió en el combate de Jaffa, acaso no hubiera firmado la paz por tres años y algunos meses. Por este tratado se permitía á los peregrinos el que visitasen sus armas á Jerusalem. En su consecuencia, los cruzados se precipitaron hacia la Santa Ciudad para dar cumplimiento á sus votos. Saladino fué á ella también con el fin de cuidar de la seguridad de sus huéspedes.

Les hizo servir víveres, é invitó á los jefes á su mesa. Luego que el rey de Inglaterra regresó á Occidente, Saladino licenció su ejército. Contaba volver á tomar las armas al fenecimiento del tratado para subyugar los restos de las colonias cristianas. En tanto resolvió invadir á la vez el Asia Menor, la grande Armenia y el Aderbaidjan. Ya se había fijado el sitio de reunión, cuando Saladino murió en Damasco el 4 de marzo de 1193. Refieren las crónicas latinas que antes de espirar, ordenó á uno de sus emires que pasease el paño mortuorio por las calles de la ciudad, diciendo en alta voz: «Ved lo que Saladino, vencedor del Oriente, se lleva de sus conquistas.»

Puede decirse que Saladino estaba poseído de dos principales pasiones: una insaciable ambición, y un odio implacable contra los cristianos.

Para obtener el puesto de visir se hizo cruel; para ser independiente, se mostró ingrato con su señor y bienhechor Nuredino. No conocía obstáculos cuando se trataba de estender su poder. La encarnizada guerra que hizo á los cristianos era motivada mas por el deseo de ensanchar desmedidamente los límites de su autoridad temporal, que por el celo de sus creencias religiosas. Hubiera querido coronar sus hazañas con la conquista de Italia y Francia, y hacer triunfar en estas dos naciones las leyes de Mahoma.

Su respuesta á una carta del emperador Federico Barba Roja, y una conversacion que tuvo con Boha-Eddyn, no dejan duda alguna acerca de este particular, y á la vez demuestran la profunda verdad de estas palabras de un gran escritor: *Toutes les croisades ont échoué, mais toutes ont réussi!*

Y en efecto, si Jerusalem y el Santo Sepulcro han quedado en poder de los infieles, tampoco es menos cierto que las expediciones cristianas en Asia han cortado el gigantesco vuelo de la conquista mahometana.



Tancredo. Tancredo es el modelo mas completo que ofrecen los anales de la caballería.

Oriundo de Sicilia por el lado paterno, y de origen normando por parte de su madre, este héroe fué un constante apasionado de la virtud y de la gloria. Estraño á todos los intereses de la política, no tuvo otra ley sino la religion y el honor, por cuya causa estuvo siempre dispuesto á sacrificarse.

Veamos el retrato que un historiador contemporáneo ha hecho del digno émulo de Godofredo de Bouillon.

«Lo ilustre de su nacimiento no inspiró á Tancredo la menor soberbia: las riquezas de su padre no le inclinaron á la molición. Sobresalía entre los jóvenes de su edad en la destreza y manejo de las armas, y entre los ancianos por la gravedad de sus modales. No se pasaba día en que no diese á unos y otros nuevos ejemplos de nobles virtudes. Observador escrupuloso de los preceptos divinos, ponía sumo cuidado en retener las lecciones que escuchaba, para luego repetirlas en la conversacion con sus iguales. Evitaba ofender á los demás, y muy fácilmente perdonaba las ofensas que se le hacían. Reconocía el mérito de sus adversarios, siendo el primero en alabar su destreza ó el valor de ellos; pues tenía por máxima que se debía combatir á los enemigos, mas no el lastimar su honra y oscurecer sus buenas prendas. Aunque jamás hablaba de sí, ardía en deseos de que los demás se ocupasen de su persona; y para conseguirlo, prefería velar á dormir, el trabajo al reposo. De modo que diariamente adquiría nuevos títulos para su gloria. Hacía muy poco caso de las heridas que re-

cibia en los combates, y derramaba su sangre con la misma largueza que la del enemigo. Inquietábale una cosa incesantemente, y era el no poder conciliar los derechos de la guerra con el precepto divino que nos ordena de presentar de nuevo la mejilla á aquel que nos golpea, mientras la ley de la guerra nos dice que no perdonemos ni á nuestro padre. Este desacuerdo palmario entre la doctrina de Dios y las máximas del mando, había en cierto modo encadenado el valor de Tancredo, haciéndole preferible la quietud de la vida serena y apacible á la actividad guerrera. Mas cuando en 1096, el papa Urbano II prometió la remisión de los pecados á los cristianos que fuesen á combatir con los infieles, salió de su letargo; se despertaron sus arranques de bravura al pensar que su espada iba á emplearse por la gloria del Cristianismo: hizo pues sus aprestos, y se reunió á su primo Bohemundo, príncipe de Tarento, para ir á incorporarse en el ejército de los cruzados.»

Los dos guerreros habían desembarcado en Epiro. Tancredo, que buscaba una ocasión para hacer prueba de su valor, iba ya en la vanguardia para descubrir las emboscadas del enemigo, ya en la retaguardia para tener en respeto á los merodeadores. Allí donde había peligros que arrostrar, y gloria que ganar, allí estaba Tancredo.

Entre tanto las fuerzas sicilianas habían llegado á las riberas del río de Verdari. Como la fuerza de la corriente parecía á todos un obstáculo para vadearlo, y como por otra parte infundiesen temor á los cruzados las tropas enemigas que ocupaban la orilla opuesta, Tancredo puso término á toda vacilacion, echando su caballo al agua, y atravesando el río, seguido solamente de un pequeño número de caballeros. Asaltado y acometido por una multitud de griegos, ábrese paso con la espada, y todos los que se le acercan, muerden el polvo en castigo de su temeridad. A vista de tan gigantesca proeza, el ejército de Bohemundo, que se había quedado en la orilla del río, se entusiasma, y en un momento toma tierra en la otra orilla. Seiscientos peregrinos, mugeres, viejos, enfermos ó heridos no pudieron pasar el río. Los griegos cayeron sobre esta tropa indefensa, que no tuvo otro remedio sino lanzar lastimeros ayes. Al momento Tancredo pasa de nuevo el río á la cabeza de dos mil hombres, y destroza enteramente á sus indignos enemigos.

Poco tiempo después, en el sitio de Nicea, Tancredo se cubrió de gloria en presencia del ejército cristiano.

En tanto que los cristianos daban un asalto á la ciudad, cincuenta mil caballeros sarracenos se habían precipitado por el lado del campamento en que el conde de Tolosa acababa de levantar sus tiendas. Sorprendidos los cristianos, principiaban á tomar la fuga, cuando Tancredo, que combatía en la otra estremidad de la llanura, voló á ellos á todo escape, lanzóse en medio de los escuadrones enemigos, hiere de punta y de corte, derribando todo lo que se le opone. Un guerrero trata de hacer frente á la indomable furia del cruzado; mas Tancredo se afianza en los estrivos, y de un solo tajo hizo rodar la cabeza del sarraceno. Esta proeza fué acogida por un inmenso grito de entusiasmo: los cristianos recobran ánimo, acometen vigorosamente al enemigo, lo destrozan en todas sus partes.

Luego, después del combate, Tancredo entró en el campamento cubierto de sangre y de polvo: el ejército, rindiendo homenaje á su valor sobrehumano y á sus altos hechos, lo acogió con una inmensa aclamacion.

La victoria de Nicea se señaló con una horrible accion: los cruzados, imitando la bárbara costumbre de los guerreros árabes, cortaron las cabezas de los enemigos muertos en el campo de batalla, y amarrándolas á las sillas de sus caballos, las trajeron al campamento, que con este motivo resonó con las exclamaciones y gritos de alegría del pueblo cristiano! Con la ayuda de máquinas lanzaron mas de mil de estas cabezas en la ciudad, que como es de figurarse, cayó en la mayor consternacion. ¡Mil otras fueron enviadas en sacos al emperador de Constantinopla, quien recibió con gran entusiasmo este sangriento tributo de los señores que le habían rendido homenaje feudal!

Después de la toma de Nicea, Bohemundo, que había ofrecido al emperador presentarle á su valiente primo, marchó con Tancredo á Constantinopla.

Este no consintió en ofrecer al emperador sino un homenaje condicional. «Si queréis mandar á los cruzados, le dijo, poned todo vuestro conato en serles útil; contad con la obediencia de Tancredo mientras deis pruebas de celo y solicitud por el ejército de Cristo.»

Habiendo invitado el emperador á Tancredo á que le dijese qué presente sería mas de su gusto, le respondió que aceptaría con mucho gusto la tienda imperial.

Esta tienda era de un trabajo admirable; tenía las comodidades de un palacio, en la que brillaban todo género de riquezas.

La chanza no agradó al emperador, se molestó con su huésped y acabó por decirle:

—Yo no te juzgo digno de ser contado ni entre mis amigos, ni entre mis enemigos!

—Y yo os creo digno de ser mi enemigo, mas no mi amigo, replicó Tancredo.

En seguida el bravo cruzado, para evitar la venganza de su pérfido enemigo, se dió prisa á salir de Constantinopla.

Alejo mandó gente para prenderlo, pero Tancredo supo burlar los lazos del emperador, y volvió á reunirse con el ejército cristiano, en cuyas filas iba á ilustrarse con nuevas proezas.

En tanto que los cruzados sitiaban á Antioquia, Tancredo y Balduino, hermanos de Godofredo de Bouillon, fueron enviados á la descubierta para proteger las colonias cristianas y pedirles socorros y víveres. Tancredo, que iba primero, llegó á los muros de Tarsis, ciudad cé-



Tancredo.

lebre de la antigüedad, patria de San Pablo. Los turcos que defendían la plaza, consintieron enarbolar la bandera cristiana en sus murallas, si en un lapso de tiempo muy corto no recibían refuerzo. En esto llegó Balduino con su gente: los dos guerreros se abrazan y pasan la noche en paz. Mas, al amanecer, la vista de la bandera de Tancredo enarbolada en los muros de Tarsis llenó de celos á Balduino y á sus flamencos. Pretende que su pequeño ejército es mas numeroso, y que la ciudad debe pertenecerle.

Al cabo de acaloradas discusiones, Tancredo tuvo la generosidad de abandonar su conquista á su ambicioso adversario, y marchó á apoderarse de Malmistra. Muy pronto Balduino siguió sus huellas. Al verle llegar Tancredo y sus caballeros no son dueños de contener su resentimiento: un combate se empeña entre los soldados cristianos. Lucha fratricida que al otro día arrancó amargas lágrimas á los dos partidos!

Tancredo, después de haber conquistado muchas ciudades, vino á reunirse al ejército en los muros de Antioquia, que estaba sitiada. Interceptó todos los caminos, de manera que ningún habitante se atrevía á salir de la ciudad.

Estando Tancredo un día en emboscada hacia las montañas de Occidente, sorprendió muchos miles de caballeros sarracenos que iban en busca de forraje: setecientos hombres quedaron en el campo de batalla, y el vencedor pudo enviar al legado del papa las cabezas de setenta jefes, de los cuales muchos habían perecido á sus manos. El legado le hizo dar setenta marcos de plata, y el valiente capitán se apresuró á pagar sus deudas.

Acostumbraba á decir que solamente tenía un tesoro de que hacía caso: sus soldados! «Poco me importa, añadía, estar faltar de dinero, con tal que ellos no carezcan de él. Llenen ellos sus bolsillos, y queden para mí los cuidados, las fatigas, la responsabilidad, y todo cuanto haya de mas penoso.»

Cuando sus tropas estaban cansadas por los combates que se daban de día, ó por cualquiera empresa penible de noche, las dispensaba de su servicio; mas en cuanto á él, por nada en el mundo se dispensaba del suyo. Tenía por sus soldados los mismos cuidados que tiene una madre por sus hijos; para sí no tomaba precaucion alguna!

Cierta día que había salido al campo, acompañado de un escudero, se encontró con muchos sarracenos, á los que sin vacilar acometió: todos los que se atrevieron á hacerle frente, experimentaron la invencible fuerza de su brazo. Lleno de admiración su escudero, se volvió todo elogios, mas Tancredo, en quien la simplicidad y la modestia corrían parejas con su heroísmo, suplicó á su servidor que guardara silencio acerca de las proezas de que había sido testigo. Ejemplo único entre los guerreros, hace observar el cronista, y que los historiadores modernos han puesto, con sobrada razón, entre los mas maravillosos hechos de la caballería cristiana!

Entre tanto la ciudad de Antioquía, al cabo de tres meses de sitio, acababa de caer en manos de los cristianos, merced á la traición del renegado Phirous. Tancredo, que estaba segun su costumbre batiendo el campo para interceptar todas las comunicaciones con la plaza, supo por los fúgitivos que la bandera de Balduino tremolaba en las torres de la ciudad. Se quejó de su primo, porque en cierto modo le había arrebatado la honra de ser uno de los primeros que subieron á las fortificaciones. Mas no tardó mucho en presentársele otra ocasión para dar pruebas de su valor.

Muy pocos días eran corridos de la toma de Antioquía, cuando un innumerable ejército de infieles se ponía en marcha para arrancarla del poder de los cristianos.

Todo el Korassan, dice Mateo de Edessa, la Media, una parte del Asia Menor, y todo el Oriente, desde Damasco y los bordes del mar hasta Jerusalem y la Arabia, se habían puesto en movimiento. Kerboga, príncipe del Moussoul, mandaba el ejército musulmán. Lleno de desprecio por los cristianos, verdadero modelo del feroz Circasiano de la *Jerusalem libertada*, Kerboga había jurado por el Profeta, vencer y exterminar á los cristianos.

Bien pronto Antioquía, en la que reinaba una horrible hambre, se vió rodeada de innumerables masas de guerreros sedientos de sangre y de venganza. Los historiadores cristianos y musulmanes refieren que los barones cristianos, que en vez de hombres mandaban á unas especies de fantasmas, propusieron á Kerboga que le abandonaran la ciudad con la única condición que se permitiese á los cruzados salir con sus armas y bagajes.

No habiendo sido aceptada esta proposición, las puertas de Antioquía se abrieron, y los cristianos fueron á formarse en filas delante del enemigo.

Los musulmanes que se habían lisonjando de *moler el pueblo de Dios entre dos muelas*, fueron rotos al primer choque por los escudrones de Tancredo, quien «semejante á un leopardo se hartaba de sangre en medio de un corral de ovejas», haciendo una espantosa carnicería en las filas musulmanas. Con todo, y quince mil sarracenos lograron ponerse en orden, y se arrojaron sobre la reserva que mandaba Bohemundo. Mas Tancredo adivina su maniobra; ordena sus diseminados escudrones, y se lanza á socorrer á su primo, cuya gente comenzaba á flaquear. Esta vigorosa carga cambia el aspecto del combate: los sarracenos, hasta entonces victoriosos, vuelven grupos, y encienden la paja y las yerbas secas de que está cubierta la llanura, para detener la persecución de los cristianos. Mas esto no fué obstáculo para Tancredo: seguido de unos pocos caballeros, montados como él en caballos que habían cogido al enemigo, persigue á los fúgitivos y los «siega como á la yerba de los prados».

En el sitio de Jerusalem, que tuvo lugar antes de un año después de la victoria que acabamos de mencionar, Tancredo desplegó la misma actividad, y se señaló con proezas no menos brillantes.

En la noche anterior á la llegada del ejército cristiano á los muros de la Santa Ciudad, una tropa de caballeros sarracenos se había adelantado á recibir á los cruzados. Balduino de Bourg, con sus caballeros, marchó á su encuentro. Agobiados por el número de enemigos, los cristianos hubieran sucumbido, á no acorrerlos en su triste situación Tancredo, que vino de Bethelém, donde había enarbolado el victorioso estandarte de la Cruz.

Después de haber perseguido á los musulmanes hasta los terraplenes de la ciudad, el héroe normando, adelantándose á sus compañeros, se encaminó solo al monte de los Olivos, que no está separado de la ciudad sino por el valle de Josafat. En tanto que desde lo alto de aquella colina contemplaba el caballero con santo respeto la ciudad prometida al valor y á la piedad cristiana, de repente se vió acometido de cinco musulmanes que salían de la ciudad. Tancredo no procuró evitar el combate. Tres sarracenos caen al esfuerzo de su brazo, y los otros dos toman la fuga. El caballero cristiano sin apresurar y sin acortar su marcha, se reúne al grueso del ejército que se avanzaba hacia la Santa Ciudad cantando estas palabras á Isaías: *Jerusalem, alza los ojos y mira al libertador que viene á quebrantar tus hierros!*

A la mañana siguiente, los cruzados se ocuparon en ordenar el sitio de la plaza. El duque de Normandía, Roberto, conde de Flandes, y Tancredo, acamparon hacia el norte, desde la puerta de Herodes hasta la puerta de San Estévan. El jueves 14 de julio de 1099, antes de salir el sol, sonaron los clarines y los timbales en el campo cristiano: todos los cruzados corrieron á las armas, todas las máquinas de

guerra se pusieron en movimiento, y el ataque comenzó en toda la línea.

Es imposible dar una idea, dicen las crónicas, del ardor y de la impetuosidad de los cristianos. Las flechas, las jabalinas, el aceite hirviendo, el fuego griego llovían sobre sus compactos batallones; mas se hubiera dicho que sus cuerpos estaban hechos á prueba de hierro, y que las llamas no podían prender en ellos.

Al cabo de doce horas de lucha, la noche vino á separar los combatientes.

A la mañana siguiente los cristianos volvieron al asalto con mas furia que la víspera. Escuchábase por todos lados el silbido de las flechas y jabalinas; piedras enormes, lanzadas por las máquinas, se entrechocaban en los aires con espantoso ruido.

Entre tanto la victoria estaba indecisa. A eso de mediodía todas las máquinas cristianas ardían. Un gran número de caballeros habían hallado la muerte al pié de las fortificaciones. Mas el combate cambia de faz en un momento. Los cruzados han creído ver, en el monte de los Olivos, un caballero vestido de armas resplandecientes, y que agitando su escudo, parecía dar á los sitiadores la señal de entrar en Jerusalem.

Godofredo de Bouillon y Raimundo de Tolosa, que lo vieron al mismo tiempo, dicen que es San Jorge que viene á combatir en favor de los cruzados. El ejército entero se llena de un ardor extraordinario. Todos los guerreros que combatían en la plataforma de sus torres de madera, dejan caer el puente levadizo de estas máquinas sobre los terraplenes, y los escalan en un cerrar de ojos. Seguido de los dos Robertos, Tancredo se precipita en lo interior de la ciudad con el grito de: *Dios lo quiere! Dios lo quiere!*

Ya hemos dicho que pocas semanas después de la toma de la Ciudad Santa, el soldan del Cairo había hecho marchar contra los cristianos un formidable ejército, y que una batalla terrible se había empeñado en los llanos de Ascalon. En ese día Tancredo, á la cabeza de una valiente tropa de caballeros normandos, sicilianos y flamencos, rompió el centro del ejército egipcio, en el que combatían los Azoparts, hombres horribles y todos negros, que hacían los escudos de los cristianos con bolas de hierro, y quebrantaban las cabezas de los caballos.

Después de esta victoria, ya lo hemos dicho en otro lugar, la mayor parte de los jefes de la Cruzada regresaron á Occidente. Solamente el piadoso y caballeresco Tancredo no quiso desertar el puesto de peligro y del honor. Compañero fiel y adicto de Godofredo de Bouillon fué encargado por este de apoderarse de Tiberiades y de muchas otras ciudades situadas en la vecindad del lago de Genezareth. En premio de sus hazañas, obtuvo la posesión del país que acababa de conquistar, y el cual, en lo sucesivo, fué erigido en principado.

Si hemos de dar crédito al historiador Alberto d'Aix, Tancredo, luego que murió Godofredo, habría querido colocar la corona de Jerusalem en las sienes de su primo Bohemundo, con perjuicio de Balduino, hermano del duque de Lorena.

A su vez Balduino disputó á Tancredo la posesión de la Galilea, y lo hizo citar ante su tribunal como á vasallo no sumiso. La respuesta de Tancredo fué de las mas lacónicas: ella pinta á lo vivo la orgullosa y ruda fiera de los caballeros de esta época: «Ignoro, dijo hablando al mensajero de Balduino, si tu señor es rey de Jerusalem!» No hizo caso ninguno de una segunda citación. Por último pusieron en juego otros medios mas propios, y Tancredo se rindió á lo que se le pedía.

A poco tiempo después, vinieron unos diputados por la ciudad de Antioquía á suplicar á Tancredo para que durante el cautiverio de Bohemundo se encargase del gobierno de aquella ciudad. El príncipe admitió gustoso la oferta, convocó la milicia de la provincia, fortificó á Antioquía, Sulmistra, Malmistra, Barsis y Adana, que habían sacudido el yugo de los cristianos. En seguida se apoderó de Lascicea, después de un año de sitio, y cuando Bohemundo recuperó la libertad, su valiente primo le entregó su principado floreciente y agrandado con las nuevas conquistas.

Entre tanto Balduino du Bourg, conde de Edessa, habiendo sido hecho prisionero (en cuya ocasión Tancredo hizo prodigios de valor y salvó una parte del ejército cristiano), el héroe normando fué escogido para gobernar el condado, del que los sarracenos eran en parte dueños. Bloqueado en su capital, Tancredo se decide á salir de la ciudad con un puñado de valientes: se avanza con mucho sigilo hasta el campo enemigo, y cuando estuvo muy cerca, hizo tocar las trompetas, y se lanza con sus escudrones en medio de los infieles, á los que desordenan al primer choque.

Algo mas tarde, Bohemundo se decidió á buscar socorro en Occidente, con cuyo motivo Tancredo se encargó de nuevo del principado de Antioquía. Los días de su gobierno fueron señalados con victorias. Se apoderó de muchas ciudades de la Siria y de la Cilicia, hizo á Alepo tributaria de Antioquía, haciéndose á la vez temer de todos los sátrapas, de los turcos y de los armenios. Su última hazaña fué la toma del castillo de Vitulum, situado en las montañas del Djiblah.

A su regreso cayó enfermo en Antioquía, y murió á muy poco (1112), dejando al mundo, dice Guillermo de Tiro, el impercedero

recuerdo de sus altos hechos, y á la Iglesia la eterna memoria de su | Godofredo de Bouillon, ningún guerrero de Occidente adquirió entre piedad y caridad. Y en efecto, Tancredo hizo admirar en Oriente las | los cristianos y entre los mismos infieles, un renombre mas brillante heroicas virtudes de un verdadero caballero cristiano. Después de | de generosidad, de bizarría y de lealtad!

FIN DE LOS GRANDES GUERREROS DE LAS CRUZADAS



Toma de Jerusalem.